PBT

Año XV. N.º 693

6 de Marzo de 1918

MEDITACION

Cuadro de Román Ribera.

Dirección, Redacción
y Administración:

Av. Julio A. Roca 531



Teléfonos

Dirección, Redacción
y Administración:

Unión T. 2402, Avenida
Coop. T. 1398, Central

HUMORISTICO
NOTICIOSO
INSTRUCTIVO

DIRECTOR:
SIDNEY A. SMITH

Precios de subscripción

EN LÁ CAPITAL		EN EL INTERIOR	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00
Número suelto	» 0.20	Número suelto	» 0.25
Número atrasado	» 0.40	Número atrasado	» 0.50

EN EL EXTERIOR

Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» 4.00
Año	» 8.00

Encuadernación:

Por encuadernar cada tomo correspondiente a un bimestre hasta el número 457 inclusive	$ 1.60
Por cada tapa suelta, íd., íd	» 0.90
Por encuadernar cada tomo bimestral, del número 458 en adelante	» 2.00
Por cada tapa suelta, íd., íd	» 1.00
Por encuadernar cada tomo trimestral, del número 619 en adelante	» 3.00
Por cada tapa suelta, íd., íd	» 1.50

Para precios de propaganda dirigirse al Jefe Sección Avisos.

No se devuelven los originales, ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórteres, fotógrafos, cobradores, agentes viajeros y demás representantes de esta revista justificarán su personalidad documentalmente, rogándose al público no reconozca en tal carácter a quien no presente el referido testimonio de identidad firmado y sellado por la Administración.

El Administrador.

JUANCITO EL CONQUISTADOR



Por Palermo, una linda tarde primaveral, se paseaba una dama muy elegante, pero cuyo rostro era difícil distinguir.



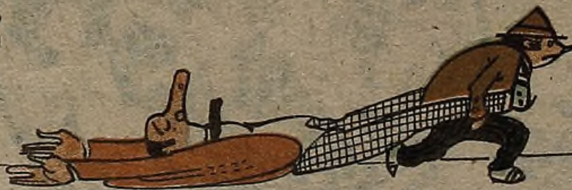
También se paseaban del brazo, dando vueltas al lago, Juancito y Policarpo.



En un rincón apartado se encontraron con la dama, y Juancito, como de costumbre, aprovechó la ocasión para iniciar sus galanteos.



Pero sucedió que la dama, en un acceso que parecía de locura, sacó un puñal y se lo clavó en el pecho al infeliz enamorado.



Policarpo, asustado, conduce a Juancito al hospital.



A los gritos, corre Policarpo presuroso y ve a su amigo en el suelo y a la dama que huía, reconociendo que ésta no era otra cosa que un asesino de profesión.

Historieta de Enrique Williams.

Dib. de Soldati.



Y cuando recobró el conocimiento le dijo, alargándole los cinco: "esta puñalada me ha matado el corazón. En adelante, nunca más volveré a enamorarme".

En todos los números se publicará una de estas historietas, que nos remitan nuestros pequeños lectores.

PÁGINA FEMENINA

REGALOS DE BODA. Las «corbeilles» que otras veces se usaban, consistentes en canastillos o cofrecitos preciosos con los encajes, joyas, telas y otros objetos de valor, no se estilan ya, y se contentan con comprar los regalos, encargando en el comercio que los lleven a la casa de la joven a quien se destinan.

Sobre esto hay dos cosas que deben tenerse en cuenta: primera, dirigirse siempre a casas acreditadas y de lujo, y segunda, enterarse de los gustos y deseos de la novia. Suele ocurrir que el novio no se fije bien en esto último, y sigue la inspiración de las personas de su familia, imponiendo así el gusto de éstas a la joven prometida.

Los regalos que deben hacerse dependen de la fortuna y de la generosidad de cada uno. Joyas, aretes, sortijas, brazaletes, collares, broches, etc.; los objetos que hacen parte del atavío, como abanico, bolso, frasco de sales, bombonera, espejo de bolsillo, etc. En seguida tienen la preferencia las pieles, que es más práctico regalar en pieza para que la joven les pueda dar la forma que quiera, de acuerdo con las exigencias de la moda: pelerina, manguito o boa. Después entran las telas, encajes y objetos de casa.

En cuanto a la novia, es de buen gusto que regale un recuerdo a su prometido: una botonadura, un medallón para la cadena del reloj, una moneda antigua, o bien un «bibelot» de arte: bronce, armas o libros.

Es regla elemental de cortesía que la futura esposa acepte todo lo que se le envíe con agrado, hasta los objetos que no le gusten, y si se le deja la facultad de cambiar algunos presentes, no la acepte o lo haga con sumo tacto, para no desagradar al donador. En este caso tiene que alegar una razón muy fundada para que no se sospeche que no está satisfecha o que no es de su gusto.

Asimismo, todo el que regala debe esforzarse por conocer las preferencias de la joven, pero casi siempre se desea causar una sorpresa y se sacrifica la satisfacción de la destinataria a la propia.

Deben preferirse las cosas útiles, como la plata, artículos de mesa, adornos de chimenea y «bibelots» de arte. El que regale necesita inspirarse en la idea de no buscar un objeto de valor superior a lo que se desee gastar.

Por ejemplo: si se dispone de doscientos pesos, no debemos pensar en una cosa que debe valer el doble para ser aceptable.

Los regalos de boda se envían lo menos quince días antes del matrimonio, de modo que la novia pueda cambiar lo que desee y hacer la exposición de los objetos recibidos.

Sin embargo, no es de aconsejar esta exposición, porque obliga a sacrificios a los donantes y alguna vez despierta celos y rivalidades entre los miembros de una misma familia.

Cuando se dispone de gran casa, se destina uno de los salones a esta exposición; pero si es modesta la habitación, se verifica en el gabinete o en uno de los ángulos del salón. Se colocan, en este caso, todos los objetos de pequeñas dimensiones sobre una mesa, y los voluminosos, como muebles, trajes, etc., se agrupan con arte cerca de ella. La tarjeta del donador se coloca siempre sobre el regalo.

La canastilla o «trousseau» se expone también casi siempre, pero parece un alarde de orgullo y de vanidad. Que la novia abra sus armarios para que sus amigas vean la ropa que sus padres le dan es muy natural; pero mostrar a los ojos de los extraños los misterios de la ropa interna, es violar los sentimientos del pudor.

Respecto a las piezas de que ha de componerse el «trousseau», no puede darse una norma fija, dependiendo, como es natural, de los medios de que se disponga; pero no debe ser muy numeroso, teniendo en cuenta que las modas cambian y no gusta una elegante de que se le quede la ropa antigua.

Las telas de mucha duración y los adornos prácticos son pesados y poco artísticos; en cambio, los vaporosos y delicados duran poco; de aquí que no se pueda aconsejar nada, pues mientras unas preferirán lo útil, otras gustarán de lo bello.

Para marcar la ropa hay varios sistemas. Unas veces se entrelazan las iniciales de los apellidos de los dos futuros; otras las del nombre de la joven con el apellido de su esposo; pero lo más general es adoptar una sola inicial como marca para evitar confusiones; ésta es casi siempre la del nombre de la esposa.

CONSULTORIO FEMENINO. **A Cachirla.** — De tul blanco, muy fruncido. Lleva el canesú de encaje de Irlanda y del mismo son los entredoses de la faldita. El viso debe ser blanco y debajo otro rosa, ambos de seda, para que resulte el tono nacarado que desea. El sombrerito de tul, con cintas rosa pálido. Medias rosa y zapatitos blancos. Para esa afección a la garganta, y siempre que no llegue a tener otros síntomas, aplicará dos esponjas empapadas en agua, lo más caliente que se pueda resistir. Para suavizar la irritación de la piel producida por este tratamiento, rodeará el cuello con un lienzo fino de hilo untado de vaselina boricada. El mentol es preferible para los gargarismos. Hay consultorio de derecho, no de medicina. Diríjase al señor director para su petición, que seguramente será atendida.



Funda de almohadón en batista bordada. Estilo Richelieu para el medallón del centro. Entredoses formados de hojas y laureles.

DUMESNIL Y SU ÉXITO EN NUEVA YORK

CENTRAL
AND SOUTH AMERICAN
TELEGRAPH CO.
BUENOS AIRES
CALLE SAN MARTIN 295
TELÉFONOS:
UNION: 795 AVENIDA
COOP.: 3608 CENTRAL
ROSARIO
CALLE SAN MARTIN 625

DIRECCIÓN TELEGRÁFICA: CANDSATCO B. AIRES

VIA COLON
VIA GALVESTON

JAMES A. SCRYMSER, PRESIDENT



DIFERIDO

De-46 New-York 23 Dated 8th 5,25 p.m. 12,50 p.m.

-Lco- Lottermoser 853 Rivadavia Buenos Aires.

Más de dos mil presencian debut Dumesnil Carnegie Hall Entusiasmo Unánime Prensa Público Exito Estupendo igual Buenos Aires.

PAMPLIN.

Sabido es que los yanquis son muy exigentes en cuestión de música. No es extraño, pues en el afán de admirar en su propia casa a las grandes celebridades, no vacilaron en pagar sumas fabulosas y firmar contratos de larga duración para conseguir, durante plazos dilatados, el monopolio de los grandes artistas.

Los éxitos de Dumesnil no podían, pues, pasar desapercibidos para aquellos empresarios atentos siempre a cuanto en Europa y Sud América se destaque. Por eso le hicieron tentadoras proposiciones aceptando todas las cláusulas que el gran virtuoso imponía en su contrato. Y Dumesnil salió para Norte América, de donde la primer noticia condensase expresivamente en el breve cablegrama que reproducimos.

Noticias posteriores confirman aquélla, conviniendo en que la primer audición de Mauricio Dumesnil en el Carnegie Hall fué escuchada por los más prestigiosos compositores, maestros, críticos musicales y por personalidades de alta significación social y financiera.



Cada interpretación del ya célebre artista valíale aplausos y felicitaciones calurosas. Los grandes diarios neoyorkinos dedicaron a Dumesnil artículos encomiásticos reconociendo unánimemente sus méritos de gran concertista.

Los críticos musicales, al hacer el elogio de Dumesnil, elogian también el piano en que realizó aquél sus interpretaciones, un hermoso **Chickering**, de gran resonancia y tonalidad delicada.

Dumesnil, hombre inteligente, impone esa marca en sus contratos, seguro de que los sonidos serán fieles intérpretes de las sublimes inspiraciones que le han valido éxitos incomparables.

De aquí el cablegrama recibido por el señor Carlos S. Lottermoser, único representante de los pianos **Chickering**, que tiene siempre en exhibición en su gran establecimiento de Rivadavia 853.

23 de Octubre de 1916.

Mi querido amigo Lottermoser:

Desde mi infancia he conocido de nombre al «Chickering», pero recién ahora en mis conciertos últimos he podido apreciarlo de hecho.

Su magnífica tonalidad, su irreprochable mecanismo, su maravillosa resonancia me llevaron a un grado tal de entusiasmo que durante mis audiciones experimenté una satisfacción inmensa, obteniendo aún más de lo que en esos momentos esperaba.

Confieso con sinceridad que mis éxitos debo compartirlos con el «Chickering».

Me es grato repetirme siempre amigo,

MAURICIO DUMESNIL.

Unico importador: CARLOS S. LOTTERMOSER, Rivadavia 853 - Bs. Aires.

¡AQUELLA NOCHE!...

Un amigo fué el primero en decírselo. Los amigos siempre se encargan gustosos de comunicar malas noticias; pero eso sí, con muy buena intención, porque ¿quién sino un verdadero amigo ha de tomarse el trabajo de velar por nosotros con desinteresada solicitud, cuidando de iluminarnos en aquellas cuestiones que no vemos claro?

— Yo lo deploro con toda mi alma, puedes creerlo, y hasta te hubiera dejado en tu feliz ignorancia a no creer un deber de conciencia, impuesto por la amistad, decírtelo todo. En último caso, yo nada garantizo; no hago otra cosa



que traducirme ciertos rumores que circulan... Quizás sean obra de los desdeñados... Tú lo averiguarás... Pero, ¿qué tienes? Te pones pálido... Casi siento ya...

— No, no es nada, me encuentro perfectamente. Y gracias por la noticia. Me has prestado un servicio que no olvidaré.

*

Ya no era posible dudar. ¡Cómo no convencerse de lo que todos habían notado!

Y sin embargo... ¡Si todos se equivocaran!

Y Emilio luchaba tenazmente por no desechar esta idea salvadora.

¿Qué iba a ser de él sin el amor de Julia?

¿Tendría fuerzas para seguir viviendo sin sentir latir cerca del suyo el corazón de aquella mujer por la que diera vida y honor?

Y abstrayéndose un momento de cuanto le rodeaba, pensó en los primeros tiempos de sus amores.

En aquel mismo teatro la conoció. Una noche le fué presentada en el escenario, y desde entonces se sintió atraído por ella. Vió en la artista algo que en ninguna otra había visto, admiró su ingenio poco común y aquel «chic» especial que daba a sus conversaciones, y terminó por adorarla como un loco.

Aquella noche se brindó a ser su «chevalier servante» y la acompañó hasta su casa. Y después otras muchas. Una, por fin, fué invitado a subir.

— Conocerá usted mi casa — dijo ella. — Es muy chica, tan chica que resulta inconcebible; una monada, ya verá.

Y subieron.

Aquel departamento retrataba el carácter de la persona que lo habitaba.

Una salita pequeña. Dos «etageres», atestado de flores el uno; lleno el otro de «bibelots» caprichosos y frasquitos de esencias; una mesilla con álbumes y papeles. En las paredes muchos retratos de artistas conocidos y nada más.

Una alcoba, una cocina, y esto era todo.

— ¿Qué le parece mi «hotel»?

Conversaron, conversaron mucho. No hubo punto que no trataran. El último tema, tema obligado, fué el amor. Ella se mostró adorable en sus opiniones, que eran las de él, y Emilio salió aquella noche de allí ebrio de felicidad.

Pero aquello había pasado y el presente era desconsolador.

Julia había cambiado, y tal vez tuvieran un papel en aquella mutación los brillantes del abonado al palco proscenio. Lo que su amigo le dijera le hacía pensar en detalles a que no dió importancia, y ahora se explicaba perfectamente aquellas miradas que Julia dirigía desde la escena al palco maldito.

Al terminar la función, la acompañó, como siempre, a su casa, y ya en la salita aquella, le preguntó con acento que dejaba translucir la emoción que sentía:

—¿Recuerdas lo pactado al empezar las relaciones que tan feliz me han hecho?

Lo miró ella, extrañándose de aquel tono, pero no contestó.

— Si lo has olvidado—prosiguió él—yo lo recuerdo perfectamente. Aquella noche, que no se ha apartado de mi memoria un momento, prometimos solemnemente que éste sería nuestro último amor. Yo sigo amándote como ayer, más, si cabe; pero creo que sólo yo cumplo aquella promesa. No pienso darte una escena de celos; no habrá amargas reconvenciones, que eso sería ridículo e indigno de nosotros; sólo te ruego, por lo que haya más sagrado para ti, que contestes con toda franqueza a la pregunta que te voy a hacer, con toda franqueza, ¿entiendes?

— Habla.

— ¿Me amas todavía?

Vaciló ella un momento, pero venciendo al fin su característica franqueza, contestó con voz apenas perceptible:

— No.

—Así te he soñado yo siempre; franca, aunque tu franqueza me desgarre el alma. ¿Todo ha terminado entonces?

— Sí.

— Está bien. Sólo deseo que subsista al amor muerto una amistad desinteresada. Yo siempre conservaré un recuerdo tuyo, y si algún día, al andar del tiempo, me precisas, a tu lado me tendrás dispuesto a participar de tus alegrías como a llorar tus desengaños. Y ahora, adiós. Quiero que seas tú la última mujer que yo bese.

Estampó un beso en aquella frente tan querida y salió sintiendo que se aflojaban sus nervios y que terminaba su energía ficticia.

Al cerrarse la puerta, cuyos umbrales no volvería a pisar más, sintió algo que le apretaba el corazón y suspiró como suspiran los que dejan para siempre la casa donde nacieron.

Bajó la escalera como un autómata, y ya en la calle, presa de horrible desaliento, empezó a caminar tambaleando.

Un canillita, que todavía conservaba en sus manos varios números de un diario de la noche, al ver a Emilio en semejante estado, hizo un mohín truhanesco y dijo:

— ¡Linda «tranca» ha agarrao el señor!

Dib. de Soldati.

ROBERTO BUENO.

EN LA OFICINA



—Dicen que van a declarar cesantes a un montón de empleados.
—¡Qué barbaridad! En vez de aumentarlos. Ya ves cómo reventamos nosotros...

EL MESÓN TRÁGICO

ESCENAS DE LA VIDA RUSA

(Conclusión)

—Veamos, Arefievna —comenzó él, —¿qué vamos a hacer juntos en adelante?

—Yo soy culpable —murmuró ella.

—¡Ah! Arefievna, todos somos pecadores. ¿Para qué hablar de eso?

—Es él, el granuja quien nos ha perdido a los dos —dijo Advotia con voz que se quebró de pronto, y las lágrimas corrieron por sus mejillas. —No dejes esto así; reclama tu dinero; no me escatimes molestias, estoy presta a declarar bajo juramento que ese dinero fuí yo quién se lo prestó. Lizaveta Prokhorovna ha tenido derecho de vender nuestro mesón; pero él, ¿por qué nos roba? Reclama tu dinero.

—Yo no tengo que reclamarle ningún dinero —respondió Akim con voz sombría. —Estamos en paz.

—¿Cómo en paz?

—Así es. ¿Sabes tú —continuó Akim, y sus ojos comenzaron a inflamarse, —sabes tú bien dónde he pasado la noche? ¿No lo sabes? En la cueva de Naum, atado de pies y manos como un carnero; ahí tienes dónde he pasado la noche. Yo quería quemarle su casa; pero me atrapó él, Naum. El, que es muy diestro. Y hoy quería llevarme a la ciudad; pero por fin se ha compadecido. Ya ves que no puedo reclamarle ningún dinero. Y ¿cómo se lo reclamaría yo? El me diría: «¿Cuándo te he pedido yo prestado dinero?» ¿Quieres, pues, que yo le responda: «Mi mujer lo desenterró de donde yo lo tenía y te lo llevó?» «Miente —me dirá, —miente tu mujer. ¿Te parece, Arefievna, que no has dado aún que hablar bastante a las malas lenguas? Cállate mejor, te digo; cállate.

—¡Yo soy culpable, Semenitch! ¡Soy culpable! —replicó Advotia espantada.

—No es eso lo que yo quiero decir —replicó Akim después de un corto silencio; —pero ¿qué vamos a hacer juntos? No tenemos ya casa ni dinero.

—Veremos qué hacer. Rogaremos a la señora que nos ayude. Kirilovna me ha prometido que lo haría.

—No, Arefievna; si lo quieres tú, ruega a la señora con tu Kirilovna; vosotras sois palos de la misma astilla. En cuanto a mí, he aquí lo que tengo que decirte: Quédate aquí con Dios; yo no me quedaré. Por suerte, no tenemos hijos. Tal vez no perezca yo. Uno solo no es nunca pobre.

—¿Qué, Semenitch, es que vas a dedicarte otra vez al carreteo?

Akim rió amargamente.

—¡Qué buen conductor haría yo! ¡Qué gallardo! Esto no es como para casarse. Un viejo no vale nada para eso. Solamente que yo no quiero quedarme aquí; yo no quiero que se me señale con el dedo, ¿comprendes? Yo iré a rogar a Dios para que lave mis pecados. Allí es adonde yo iré, Arefievna.

—Pero ¿cuáles son, pues, tus pecados, Semenitch? —dijo tímidamente Advotia.

—Mis pecados, mujer, sólo los conozco yo. ¿Cómo has llegado tú a ser mi mujer?

—¿Pero a quién me dejarás tú? ¿Cómo podré yo vivir sin mi marido?

—¿A quién te dejaré, Arefievna? ¡Cómo hablas! ¡Tú necesitas verdaderamente de un aldeano como yo, de un aldeano como yo, de un aldeano viejo y arruinado! Hasta ahora te has pasado sin mí; igual te pasarás, y los bienes que nos han quedado tómalos, me es igual.

—Como tú quieras, Semenith —replicó humildemente Advotia; —tú sabes mejor que yo lo que hay que hacer.

—Justamente. Sólo que no vayas a creer que te guarde rencor. ¿Para qué enfadarse ahora? Lo malo es que no haya yo sido razonable antes. Caí en falta, estoy castigado —Akim suspiró.—Si te gusta descender la montaña de hielo, resígnate a montar en los trineos. Mis años se adelantan; es tiempo de que piense en mi alma. Ha sido el propio Dios quien me ha iluminado. ¡Qué viejo loco era yo! Me había imaginado pasar la vida a mi gusto con una mujer joven. No, viejo, hermano mío, ruega entretanto, sufre, ayuna golpea la tierra con tu frente. Y ahora, déjame, hijita; estoy muy fatigado, querría dormir un poco. Akim se tendió, gimiendo, en el banco del *isbá*.

Advotia puso cara de querer responder; pero le miró un instante, se volvió y salió. Nunca había contado salir tan bien librada a tan poca costa.

—¿No te ha pegado? —preguntó Petrovitch, encorvado en su banco, cuando ella pasó ante él.

Advotia se alejó en silencio.

—Vean ustedes, ¡y no le ha pegado! —gruñó el viejo; después sonrió, atusó su barba con la mano y se puso en la nariz un polvo de rapé.

*

Akim realizó su proyecto. Su señora hizo que se le diese un pasaporte y le eximió generosamente del *obrok* para los otros tres años siguientes. Arregló él sus asuntos de prisa, y pocos días después de la conversación que hemos transcripto, fué en ropas de viaje a despedirse de su mujer, que se había establecido provisionalmente en una de las alas de la casa señorial. Su despedida no fué muy larga. Kirilovna asistió; aconsejó a Akim ir a pedir licencia a su señora. Fué. Lizaveta Prokhorovna le recibió con cierta confusión; pero consintió graciosamente en que le besara la mano, y le preguntó adonde tenía intención de ir.

Akim respondió que empezaría por trasladarse a Kieff y que iría en seguida adonde Dios le llevase. Ella alabó mucho su resolución y le despidió.

Desde entonces no hizo más que raras apariciones por su aldea; pero no dejaba nunca, en casos tales, de llevar al castillo un pan consagrado, del cual había hecho destacar por el sacerdote una parte depositada en el cáliz por la salud de la señora. Así, por doquier afluyen gentes piadosas de Rusia, se podía percibir su rostro envejecido y flaco, pero siempre regular, siempre lleno de amenidad. Y cerca de la tumba de San Sergio, en las Riberas Blancas y en el desierto de Optime y en el convento de Valam, perdido al extremo Norte cerca del Ladoga, por todas partes se le había visto. Un año pasó confundido entre la multitud numerosa que siguió en procesión la imagen de la Virgen llevada de Kursk a Korennoi en el espacio de treinta verstas; otro año se le encontró sentado con unas pequeñas alforjas a la espalda en medio de otros peregrinos, en las losas de la iglesia de San Nicolás, en Mtsensk; todas las primaveras iba a Moscú, de pueblo en pueblo, con su paso lento y mesurado, pero que no se detenía jamás. Se dijo que había llegado hasta a Jerusalén. Parecía completamente feliz y tranquilo, y los que llegaban a departir con él encomiaban mucho su sabiduría y su humildad.

Durante aquel tiempo, los negocios de Naum marcharon como no se puede pedir mejor. Los gobernaba con inteligencia y resolución, y, como se dice, subía como la espuma. Todos sus vecinos sabían de qué medios se había valido para procurarse su mesón; se descubrió también que fué Advotia quien le dió el dinero. Nadie le amaba por su carácter frío y rudo; se contaba con indignación que Akim había ido un día como peregrino a pedirle una limosna por la ventana y le había respondido: «Dios te ampare», y no le había dado nada. Pero todo el mundo convenía en que nadie tenía mejor suerte que él. Su trigo rendía más que el del vecino; sus abejas daban más miel; sus gallinas ponían más huevos; sus vacas no estaban nunca enfermas, y sus caballos no cojeaban jamás. El propio pope Fedor estaba sorprendido.

Durante mucho tiempo Advotia no pudo oir pronunciar su nombre (ella había parado en costurera mayor del castillo); pero poco a poco su odio amenguó, y hasta se dice que, forzada por la necesidad a recurrir a él, le dió cien rublos: no la juzguemos severamente. La pobreza doma también a otras gentes que a Advotia. El derrumbamiento súbito ocurrido en su vida la había abatido y humillado bien. No se podría describir cuán de prisa se había envejecido y afeado.

¿Cómo acabó todo esto?

Después de haber, durante quince años, llevado muy bien su negocio, Naum vendió su albergue a otro vecino, y muy caro. No lo hubiera dejado sin una circunstancia en apariencia muy insignificante. Dos madrugadas seguidas su perro, sentado ante la ventana, se puso a aullar lastimeramente. A la segunda vez, Naum salió de la casa, se colocó ante el perro, meneó la cabeza y se trasladó en seguida a la ciudad, donde trató del mesón con un convecino que se lo quería comprar hacía tiempo. Una semana después partió en dirección ignorada, fuera de la provincia. El nuevo propietario vino a establecerse en su lugar; pero aquella misma noche el mesón ardió totalmente, sin que quedase nada en pie, y el sucesor de Naum quedó completamente arruinado.

Ya supondrá el lector qué rumores corrieron en la vecindad a propósito del incendio.

—¡Se ha llevado su suerte consigo! — se decía. Ahora se cuenta que Naum ha tratado con el Estado para proveerle de trigo y que se ha vuelto inmensamente rico. Falta saber si para mucho tiempo: otras columnas se han venido abajo.

De Lizaveta Prokhorovna hay poco que contar. Vive siempre y, como ocurre frecuentemente a las personas de su temple, no ha cambiado y apenas si ha envejecido; solamente se ha vuelto más seca aun y su avaricia ha crecido desmedidamente. Es, sin embargo, difícil de comprender para quién guarda todo lo que amasa, no teniendo hijos ni amando a nadie. En la conversación menciona a menudo el nombre de Akim, y no deja de asegurar que desde que ella tuvo ocasión de apreciar las grandes cualidades del aldeano ruso, le respeta infinitamente por su abnegación y su obediencia. Kirilovna se ha emancipado de su señora por una fuerte suma y se ha casado por amor con un joven rubicundo, doméstico la víspera, que le hace pasar muerte y pasión. Advotia continúa habitando el departamento de las sirvientes; pero ha descendido algunos grados en la escala de la domesticidad; se viste pobremente; de las maneras primorosas de una joven educada en la capital, y de los hábitos de una rica mesonera, no queda traza; nadie la nota, y ella se tiene por feliz de no ser notada. El viejo Petrovitch ha muerto, y Akim arrastra siempre su vida errante. ¡Sólo Dios sabe cuándo llegarán para el pobre aldeano el reposo y un asilo!...

M. I. TURGUÉNEFF.

DE LA VIDA CIUDADANA

ENTRE las excelencias urbanas de la metrópoli, acaso la supremacía cabe a los parques y plazas que la embellecen.

Nada hay, en ella, tan democrático, tan popular, como estos bellos lugares de recreo e instrucción. Allí, donde la vida parece aspirarse a raudales, y el espíritu se impregna de idealismo. Donde todo incita a borrar de la mente los matices que hacen más odiosa la lid mundanal y prosaica. Paraje único, en el cual no se enseñorea en risible reclame el mercantilismo de los en agrás legisladores...

Y es que la naturaleza tiene más fuerza persuasiva que el más preclaro instructor de teología y de moral. Los selectos jardines de la plaza San Martín, y la poética gruta de la Recoleta, insinúan a un alma noble, más pureza y bondad que el catecismo y la biblia... El céfiro amenísimo de aquéllos, es portavoz del infinito... Los centones morales por buenos, por admirables que parezcan no pueden encubrir huellas humanas... Un crepúsculo en la cima de los Andes... El surgir de la aurora en plena pampa. ¿Qué texto, qué retórica habría, capaces de inculcar ideas mejores?...

La plaza, pues, en la presente época del año, es, para los niños, para los ancianos ya decadentes y para los novios, el lugar obligado de reunión: su club. Las pintorescas avenidas; los diminutos lagos en cuya margen sueñan rozagantes Romeos; los jardines coquetones y los frondosos árboles, pletóricos de poesía no permiten pensar en la acritud de la vida y en las rigideces sociales. Allí, el espíritu se halla en su *centro*. Se ennoblece, se transforma. Gentes de todas edades y sexos: sexagenarios de cerviz encorvada y alma de niño, que acuden a oir y comentar lo que otro, encargado de la lectura, deletrea...

Estas son las reuniones que más me sugestionan. Estas y los niños. Los dos puntos extremos de la vida. En éstos me atrista la imagen de lo que fuí. En aquéllos la visión de lo que llegaré a ser... En los niños me complace el ardor, siempre en auge con que acometen sus torneos innúmeros de juegos infantiles. En los ancianos, el comento frigidísimo con que acogen las noticias del periódico; ora, la falaz vehemencia —que en vano, intentan hacer apasionada— con que discuten los puntos culminantes, en que difieren. Cual si quisieran resucitar sus yacentes impulsos materiales... Como si intentaran exteriorizar, que, aun la llama de la vida no huyó de sus cuerpos abatidos.. Y, entre unos y otros; entre ambas edades me solazo y me deleito. Miro y escucho. No me distraen ni los *sesudos homes* prolijos y austeros, ni las niñeras e institutrices, adustas éstas como antiguo castellano; joviales aquéllas y atrayentes, cuyos ojos ruegan una caricia para el rorro. Ni mucho menos los enamorados. El idilio ajeno me abruma, me ahuyenta... A fuerza de poetizarlo se ha tornado insoportable.

Mas prosaico que una endecha electoral... Para un poetastro es sublime. Para un poeta pueril... Puede argüirse: Para quien lo gusta, es excelso. Para el que mira gustarlo, ruindad, prosa...

En este mundo traidor,
nada es verdad, ni mentira...

Y precisamente, de aquí nace mi aversión a la edad *media* del hombre... Por eso busco las extremidades: Los niños, porque, para ellos todo es *verdad*. Y los ancianos, para quienes ya roto el yugo de la lucha, ora triunfadores, ora fracasados, no experimentan las conmociones que inspiraron la admirable cuarteta. Y, aunque un día, quizá dudaron, hoy, la duda si no disipada, les es indiferente. Sus corazones ya no sufren las alternativas del hombre normal. Semiautómatas, que viven lo que son. Ni ilusión, ni hastío. Para ellos, todo es lógico. Como los niños. Todo es *verdad*...

Sólo un aliciente falta para trocar en edenes estas plazas vivificantes. Para colmar el vacío que en ellas se nota en estas deliciosas tardes veraniegas. Un poco de música. Quizá, el arte que poseyó en tiempos mitológicos la virtud de mover a voluntad, fieras y peñascos, contribuyese a fructificar el alma del pueblo. Y, a aliviar un tanto su salud quebrantada. Acaso mane de aquí el secreto de ese amor popular a la plaza. Tal vez no sean únicos incentivos los ardores caniculares. Quizá existe un factor, una causa más hondos. El ansia de olvidarse un instante a sí mismo... De ver como el poeta, a través de otro cristal la vida... Las orgías de carnaval desde otro punto de vista lo evidencian. Pese a los desaforados modernistas, la tradición perdura, mejor dicho, revive... Y subsistirá *in eternum*, porque sus motivos ocasionales no son los que creen o fingen creer sus detractores por sistema. Su matiz tradicional, poco importa. Como costumbre, como tradición ya hubiese muerto. Las legendarias generaciones que lo instituyeron, lo gustaron, acaso con menor avidez... El porqué de su creación mantiénese aún si bien distinto, en la forma...



Aquí, el arcano de Momo, inmarcesible...

Los lícitos excesos de carnestolendas, la dulce quietud de esos parques bienhechores, que sin apartarnos de la gran ciudad, nos alejan del *mundano ruido*, son para el alma del pueblo, eficaces paliativos.

Magüer, su acción fenezca allí, donde fenece la del balón de oxígeno, que artificialmente mantiene un instante, la vida de un moribundo...

JOSÉ VICTORERO.

COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

EN VIAJE...

Un año más a mi dolor se suma.
El surco de otra arruga hay en mi frente:
y el blancor de una cana reluciente
una ilusión me anuncia que se esfuma.
El barco está en viaje, pero hay bruma;
no hay claros horizontes; y latente,
inquieta, me señala el occidente
mi brújula interior, y así me abruma.
¡Qué misterios guardará mi arcano?...
Si he de luchar y de sufrir en vano
bajo la iniquidad de un torvo sino,
¿por qué no surge ante mi vida rota
el peñasco fatal de la derrota
en que habrá de estrellarse mi destino?

Avelino Herrero Mayor.

LA CALANDRIA

Triste calandria temprana
que al despuntar la mañana,
en mi florida ventana
alzas tu voz celestial,
vuelve a cantar como antes
aquellas trovas amantes,
melancólicas, vibrantes,
donde se mezcló tu mal.
Hoy cantas, pero tu acento
no tiene aquel sentimiento
que brotaba del tormento
profundo de tu dolor...
Hoy tu pecho dolorido
no está como antes herido,
has triunfado..., tienes nido,
y tiene dueña tu amor.
Ya murieron tus dolores
y son tiernos los amores
que te brinda entre primores
la que adoras con pasión,
mientras que yo, flor caída
en la senda de la vida,
no hallo quién cure la herida
que se abrió en mi corazón.
Triste calandria temprana,
¿por qué al llegar la mañana
no rimas en mi ventana
las quejas de tu dolor?
Hoy cantas de amor triunfante,
mientras que yo, delirante,
no encuentro quién me dé amante
una esperanza de amor.

Elías Carpena.

CANCIONERO POPULAR

I

Desde que te vi aquel día,
gitana, no sé qué tengo.
Siento una especie de víbora
sonstantemente en el pecho.

II

Ayer se incendió una casa,
llamaron a los bomberos,
se indagó la causa y supose
que de tus ojos fué el fuego.

III

Las novelas por entregas
son igual que el amor nuestro;
las publican semanales,
tú y yo en domingo nos vemos.

IV

¿Te empeñas en que te ponga
un teléfono directo
desde tu casa a la mía
para hablar siempre de aquello?

V

Cuando quieras te lo instalo;
y unos discos Pathé nuevos
he de poner en tu alcoba
para que copien tus sueños.

VI

Seis reales gano por día,
pero pronto tendré ascenso,
y he de llevarte a la iglesia
cuando gane seis y medio.

VII

Si aquel que piensa, amar sabe,
según nos dice un proverbio,
dime: ¿qué sabré hacer yo,
que siento lo que hablo y pienso?

Hilario Martínez.

DE ROSARIO



Recepción en la estación Sunchales del señor Eduardo Coen, ganador de un raid automovilístico de 340 kilómetros.

DE CORDOBA



Familias de Vallejos, Peña, Casas y el señor Bazán, veraneando en Jesús María.

EN BUSCA DE UN MILAGRO

Lila y Lola eran hermanitas muy unidas y afectuosas. Si a Lila le regalaban un paquete de chocolates, Lola disfrutaba la mitad. Si Lola encontraba dificultad en su lección de piano, Lila corría en su ayuda. Como ustedes ven, Lila era amante de la música como la mamá; pero Lola, era como el papá, escribía cuentos para las revistas. Lila no escribía cuentos; pero, eso sí, le gustaba con delirio leerlos. Lila se enfermó gravemente; mamá, papá y Lola estaban desesperados. Al día siguiente, Lila se encontraba peor. Vino el médico, sacudió la cabeza y quedó muy pensativo. Lola vagaba por la casa; sola, triste y llorosa. Todos parecían haber olvidado a Lola, preocupados con la enfermedad de Lila.

En uno de los momentos que el médico salía de la habitación donde estaba la enfermita, Lola oyó que éste le decía a la mamá:

— Nada, señora, puedo hacer. Sólo un milagro puede salvarla.

Y Lola pensó: ¡Un milagro!, ¡un milagro!, ¡pobrecita Lila! Sin perder un instante, Lola corrió al ropero y con emoción sacó su pequeñita alcancía, abrióla y echó todas las moneditas en el bolsillo. Bajó las escaleras en tres saltos y corrió hacia el primer almacén donde entró precipitadamente diciendo:

— ¡Por favor, un milagro!, ¡quiero comprar un milagro!

El almacenero contestóle muy serio:

— No tenemos, señorita.

Lola salió contrariada, pero no desanimada, y se dijo para sí:

— En alguna parte han de vender milagros.

Fué a la frutería y ¡oh, desgracia, no vendían milagros!

Por último vió una farmacia y Lola pensó:

—¡Pero qué tonta! Ahí deben haber milagros, pues ahí es donde se vende lo que los médicos ordenan.

Entró decidida a la farmacia y dijo:

— Quiero comprar un milagro.

— ¿Un milagro? — dijo el cajero. — ¿Qué se le habrá ocurrido a esta chica?

Los ojitos de Lola se llenaron de lágrimas, y se disponía a salir cuando dos señores que se encontraban en la puerta y que habían observado las lágrimas de Lola, le preguntaron:

— ¿Qué quieres, ricura?

— Yo... yo... — decía Lola, sollozando.

— Dime, querida, ¿qué deseas? — respondióle el caballero.

— Yo... yo... quiero comprar un milagro. Lila es mi hermanita y se muere, señor ¡se muere! si no llevo un milagro.

Uno de los señores se sonrió y tomando de la mano a Lola, le dijo:

— Llévame hasta tu casa, nena.

Lola puso su mano pequeñita entre la mano grandota del señor y lo llevó hasta su casa. Llamaron a la puerta y el señor preguntó por la mamá de Lola, pidiendo permiso para ver a la enfermita. Cuando terminó la visita, dijo:

— Sí, señora, es verdad; sólo un milagro puede salvarla.

El señor se retiró, y al poco rato volvió en un precioso automóvil y entró a la casa de Lola, trayendo una caja con varios instrumentos. Quedó unos minutos con la pobrecita Lila y, gracias a los instrumentos y a las hábiles manos del señor traído por Lola, realizóse el milagro. Lila se salvó; el señor era el mejor cirujano de la ciudad.

La alegría volvió a renacer y hoy, papá, mamá, Lila y Lola viven muy felices recordando el milagro adquirido por Lola.

María Leonor SMITH.



LOS APELLIDOS Y SU ORIGEN

TURÓN. — Es opinión sostenida por casi todos los genealogistas, que el apellido Turón procede de Hungría, y nada de extraño hay en ello si se atiende a que en el valle del Danubio abundan los nombres propios con el radical «Tur», muchos de ellos geográficos, como Turnau, Turn, Turocz, Turnu, Turkeve, etc., Asegúrase que el progenitor de este linaje en España fué un valeroso caballero húngaro de dicho nombre que, habiendo ido a ponerse al servicio de los Reyes Católicos, se distinguió en varias campañas contra los sarracenos, y muy especialmente en la conquista de Granada, donde se dice le fueron concedidos terrenos en premio a su valor.



Las armas de este apellido son de las más curiosas que hay en todo el nobiliario español, e indudablemente son de las llamadas parlantes, si bien su significado es hoy desconocido. En campo de oro, representan con colores naturales la siguiente escena: un niño, o una mujer, que no es fácil discernir lo que primitivamente representaba la figura, duerme en una cama, y un turón se dispone a saltar sobre ésta, a tiempo que se acerca un hombre como a espantarlo.



SALMEÁN. — El apellido Pérez Salmeán es de los de señorío, y está compuesto del patronímico Pérez y del solariego salmeán, que tiene su origen en el lugar de este nombre, en el concejo de Miranda de Galicia y Obispado de Oviedo, donde aun existe esta antigua casa-solar, denominada del *Grandón*, como también las de Pacios y otras, de las que fueron señores sus primitivos dueños.

Fundaron también la iglesia de Santa María de Conjorto — hoy parroquia — dotándola de ornamentos y objetos valiosos para el culto. En esta iglesia y a la izquierda del altar mayor, hay un panteón de estilo dórico del año 1662, en donde yacen algunos individuos de esta familia, y está reproducido en el cementerio de Oviedo — donde descansan otros — y no hay duda que los que llevan hoy este apellido descienden de los antiguos señores de tales lugares.

Sus armas constan de dos cuarteles: una torre almenada sobre rocas escarpadas, en campo de oro, y nueve ondas de plata en campo de azur.

IMPORTANTE

Los fotógrafos de P B T no cobran al público. Nos hará un favor el que denuncie a la policía como estafador, a cualquier persona que intente cobrar dinero diciéndose fotógrafo de esta revista.

DE MORON (F. C. O.)



Banquete con que fué obsequiado el señor Ulises Carozzo, gerente de la Anglo Argentina de Electricidad, por lo más representativo de dicho pueblo.

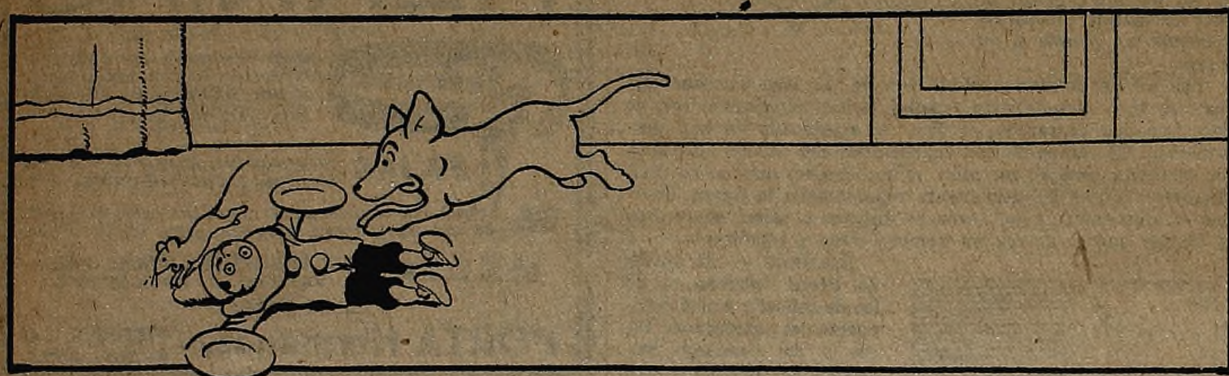


LA RATA, EL CLOWN Y EL PICHICHO

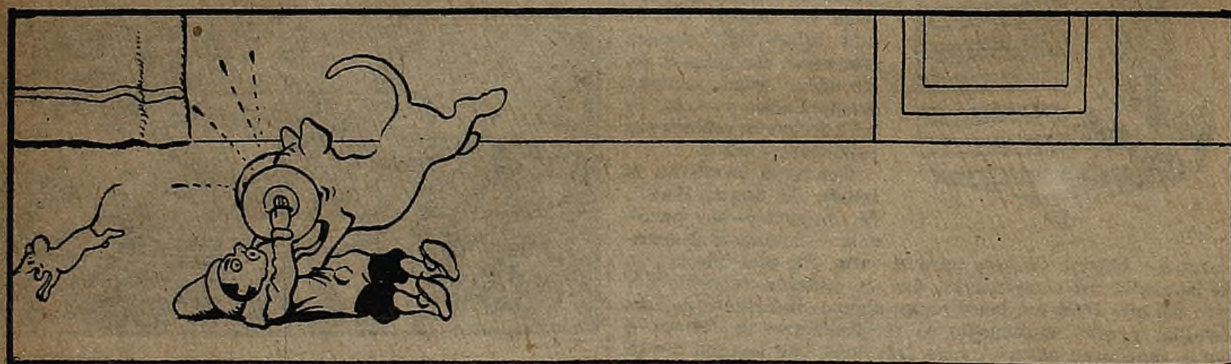




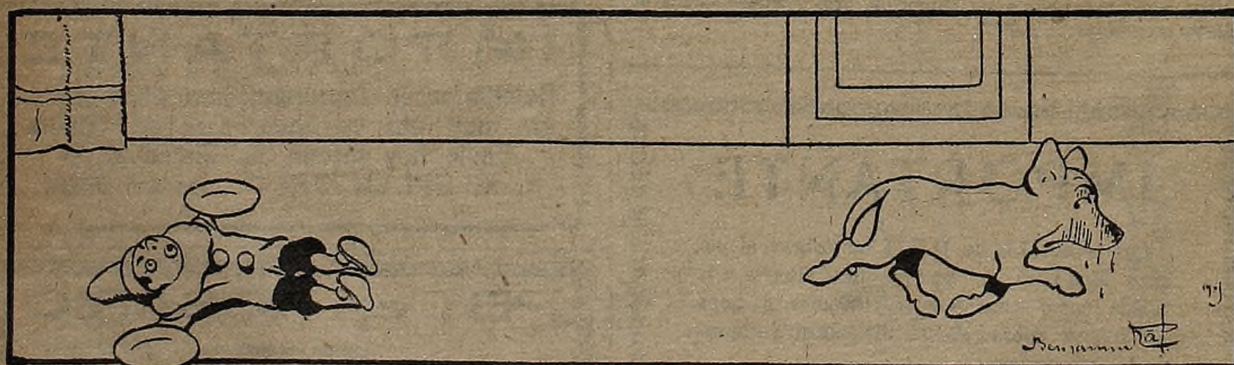
—Vení, lauchita, que te quiero decir una cosa.



—No seas salvaje, que no te voy a hacer nada.



! ! !



—No me gusta la música.

CONSULTORIO DE AGRICULTURA Y VETERINARIA

Remolacha, La Plata. — Para la compra de vacas lecheras, tenga en cuenta los siguientes datos: Razas recomendadas: Holstein, Flamenca, Holandesa, Durham, etc. Edad: serán de primera o aun de segunda parición, con la cría al pie; si es posible se procurará conocer la producción diaria de leche y que sean mansas para el ordeñe. Certificado veterinario que declare su estado de salud y particularmente no ser tuberculosa. La forma de pago no es posible establecerla en esta información; lo que podría proponer al vendedor sería abonarle el importe después que usted haya comprobado a satisfacción las referencias indicadas más arriba. Establecimientos cercanos a esa localidad hay varios, entre ellos los de Pereira Iraola, La Martona en Cañuelas y el de Pedro T. Pagés, en Mercedes, etc., etc., que poseen esos tipos de animales.

Zenón Cárrega, Casilda. — Por los datos que usted suministra, es posible que su gatita haya tenido un aborto. Desinfectará, pues, los órganos genitales con lavajes por medio de una jeringa de goma, empleando una solución de permanganato de potasio al uno por dos mil en agua tibia.

T. Caldentey, Urdinarrain. — Las causas que podrán impedir la reproducción de sus conejos son diversas; la edad, por ejemplo, pues las hembras después de cuatro años y los machos después de seis, por lo general, no reproducen más. La mala conformación de los órganos genitales puede ser otra causa de esterilidad; sería necesario, en tal caso, determinar si existe alguna de esas causas apuntadas. Desde su aspecto económico, la cuestión se resolvería fácilmente con el sacrificio de los presuntos inútiles para la reproducción.

Luis Cappi, San Vicente. — Por los datos remitidos, su gallo bataraz es probable que padezca de una afección en las articulaciones de los miembros, lo que impide moverse con libertad, o también que usted lo haya adquirido capón.

Ismael Sánchez. — Por los datos, su vaca debe padecer de lesiones traumáticas en la pata; pero sin precisar la región enferma no es posible dar un diagnóstico aproximado. Si le es posible ocurra a un veterinario para su examen.

N. M., Capital. — La clase de afección que padece su gata requiere el examen por un veterinario.

Iriarte A., Sarandí. — Por los datos que remite, la enfermedad de su perro es grave y no puede obtenerse una cura radical. Esos ataques es posible que se reproduzcan periódicamente. Cada vez que esto suceda, le dará cuatro gramos de bromuro de potasio en un brebaje agradable o comida pastosa.

Ernesto Maggio, Vedia. — Curará la enfermedad cutánea de su perro dándole baños diarios de agua tibia, y después de secado, frotará en el cuerpo una porción de la pomada de Helmerich: azufre sublimado, 10 gramos; carbonato de potasio, 5 gramos; agua destilada, 5 gramos; aceite de almendras dulces, 5 gramos; vaselina, 35 gramos.

A. Baña. — Un tratamiento contra el granito de los canarios consiste en extirpar esa epidermis callosa con una horquilla o alfiler y aplicar con una pluma mojada en una solución de clorato de potasio el 5 por 100.

Lindor Martínez. — Las mataduras de los caballos ocasionadas por la montura, se curan con duchas de agua y aplicando sobre la llaga sulfato de cobre en polvo.

Jacinto Ferreira, Uruguay. — Un cáustico eficaz para la claudicación de su caballo es el siguiente: biyoduro de mercurio, 4 gramos; axungia, 48 gramos. Después de aplicar esta pomada, mantendrá esa región del animal inmóvil durante ocho o diez días, evitando el contacto de los labios con dicha pomada.

Luis R., Arrecifes. — El tumor desarrollado en el pescuezo de su gato convendría abrirlo con un bisturí o instrumento cortante aséptico; desinfectará la herida con lisol al 2 por 100 en agua; después aplicará un algodón empapado con tintura de yodo.

Torcuato Merlo, Las Flores. — La reproducción de la acacia blanca puede obtenerla por semilla o retoño. Cultivo por semilla: preparar el terreno, dejándolo bien mullido en el que sembrará semilla a razón de 25 kilogramos por hectárea, en surcos distanciados unos de otros 50 centímetros. Después que haya nacido la plantita, le dedicará los cuidados culturales que requieren las plantas forestales.

Conductor, Quilmes. — Sobre la del pecho que tiene su caballo, aplicará una pomada vejigatoria y después puncionará el absceso. Si le fuera posible, ocurra al veterinario, por tratarse de una región delicada.

*

La correspondencia será dirigida así: Doctor Antonio Grossi, Consultorio de Agricultura y Veterinaria de P B T, Avenida Julio A. Roca 531. Consultorio particular: Maza 188 (Unión Telefónica 3773, Mitre).

EL TEATRO EN CHINA

Tenía verdadero interés por conocer el teatro chino; me habían hablado de él como de una cosa muy extraña, y aproveché la primera ocasión que se me ofreció para convencerme por mí mismo de si aquellos relatos eran o no exagerados.

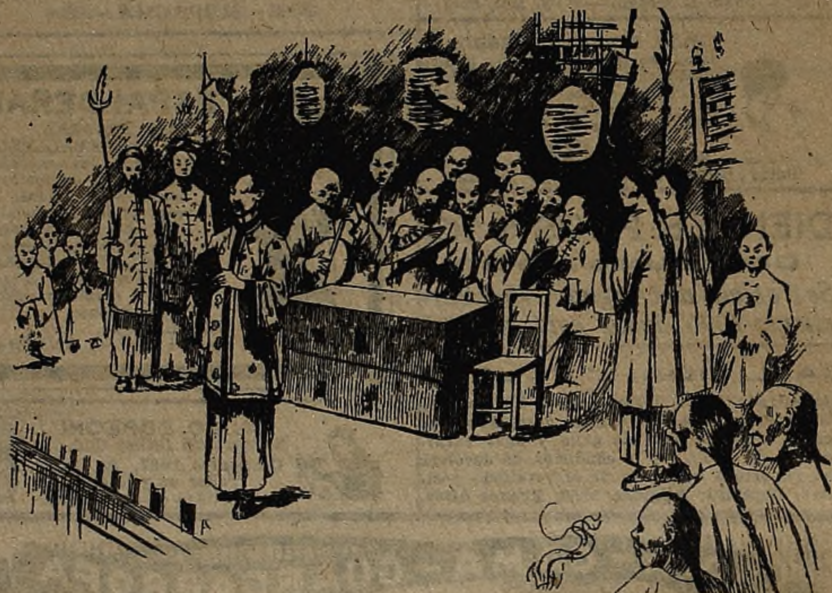
No lo eran: el teatro chino es una cosa *sui generis*, tan fuera de nuestras costumbres europeas, que sorprende muy extraordinariamente a quien, llegado de Occidente, presencia el espectáculo por primera vez.

Todo es allí curioso y raro. El local mismo no tiene el menor parecido con nuestros teatros. El despacho de boletos es una especie de garita de centinela; detrás de él hay una antesala empedrada y muy sucia siempre en que comienza una escalera más sucia aún. Al final de ésta la sala, o mejor dicho el patio donde se celebran los espectáculos; en él, y formando un enorme semicírculo, están, muy elevados, los asientos para los espectadores y, enfrente, el escenario, una especie de barraca de bambú bastante pintoresca.

Debo advertir, para dar más perfecta idea de lo que es el teatro en China, que en sus funciones no hay entreactos, de modo que el público saca bien el jugo al dinero que paga por la entrada.

En China no existe la *mise en scene*. Los dramaturgos de aquel país piensan sin duda que sus obras están bastante defendidas en sí mismas y no apelan a recursos externos para hacerlas pasar.

Los trajes de los actores, poco diferentes de los que el pueblo usa, son siempre los mismos, y para que, aparte la literatura, poco apreciable para europeos, el teatro carezca aún más de atractivos, en sus representaciones jamás toman parte las mujeres; de los papeles femeninos se encargan hombres que, gracias a su voz de falsete y a las pocas diferencias fisonómicas que entre los dos sexos existen en aquel país, logran a veces dar la impresión de que se trata de verdaderas mujeres.



La orquesta se coloca en medio del escenario y acompaña a coros y cantantes con una música estridente, muy parecida a las serenatas con que los gatos se saludan en enero.

Delante de la orquesta hay una mesa con tapete y a cada lado de ella una silla. El destino de estas sillas es sumamente curioso; en una de ellas se sienta el actor que acaba de hablar mientras su compañero le *da la réplica*. De modo que alternativamente los dos actores están, uno sentado, como si no fuera con él nada de lo que se dice, y otro de pie hablando, al parecer más con el público que con el otro actor.

En los dramas chinos jamás hay más de dos actores en escena. Esto, al parecer, no obedece a ninguna regla de preceptiva literaria, sino a una prescripción de la etiqueta del país.

Voy a relatar el argumento del drama que vi, y que como todos, tenía por tesis el culto a los antepasados.

Tung--Wang, comerciante enriquecido por medios censurables y sin la protección de sus padres ante cuyas tumbas no ha ofrecido los sacrificios de rigor, es castigado a la vejez por aquellas omisiones, el pecado más grave que un chino puede cometer, con la muerte de su único hijo en quien cifra todas sus esperanzas. Dios desagravia a los manes de los abuelos con la muerte del nieto.

Tung--Wang, temeroso de no tener sucesor que practique sobre su tumba las ceremonias que él no practicó sobre la de sus padres, sacrifica puñados de recibos de dinero dado a préstamo, quemándolos en la plaza del mercado, abandona a su esposa y se casa con otra mujer retirándose a una provincia distante.

Pasado el plazo natural, Tung-Wang tiene por fin un hijo y heredero; pero no puede dedicarse largo tiempo a las expansiones de su alegría; sus negocios le llaman a la capital y vese obligado a partir dejando solos a la madre y al niño.

Entretanto, la primera esposa de Tung--Wang, impulsada por los celos, se ha unido a un enemigo de su marido y juntos conspiran contra la joven madre y su hijo. Conciertan un plan de venganza y para realizarlo envían mensajeros a Tung--Wang anunciándole que la madre y el hijo han muerto, y a la madre diciéndole que Tung--Wang «ha saludado a sus antepasados», es decir, que ha muerto también de alegría por haber tenido un heredero.

Desde este momento la segunda esposa de Tung--Wang resulta la heroína perseguida. Usa vestidos de lienzo vasto azul y rodea sus pies de multitud de vendas oprimiéndolas mucho para demostrar el estado de estrechez en que vive. Lleva el pelo suelto en señal de luto, y cuando saluda mueve graciosamente la cabeza sacudiendo la abundante cabellera.

Los enemigos de Tung--Wang, no contentos con el daño hecho, tratan de que la madre y el niño «saluden, efectivamente, a sus antepasados», pero el complot es descubierto oportunamente y los perseguidos se salvan huyendo hacia el interior del país.

De nada, sin embargo, serviría su huída para el desenlace del drama si no ocurrieran otros acontecimientos extraordinarios. El teatro chino, ya lo he dicho, exige que el domingo por la noche los buenos sean felices y los perversos hayan recibido el castigo que merecen.

Para que esos acontecimientos se produzcan, el autor no se preocupa de sostener los caracteres, y a última hora parece variar de conducta al olvidadizo comerciante.

Tung--Wang, arrepentido al fin de su mala conducta pasada, hace las ceremonias de ritual ante las tumbas de sus padres y logra amansarlos. Entonces su padre se le aparece y le dice que su hijo vive y que debe partir en su busca.

Tung-Wang, loco de alegría, obedece, y tras de muchas y muy extraordinarias aventuras, que naturalmente no ocurren a la vista del público, encuentra al niño que es ya un hombre.

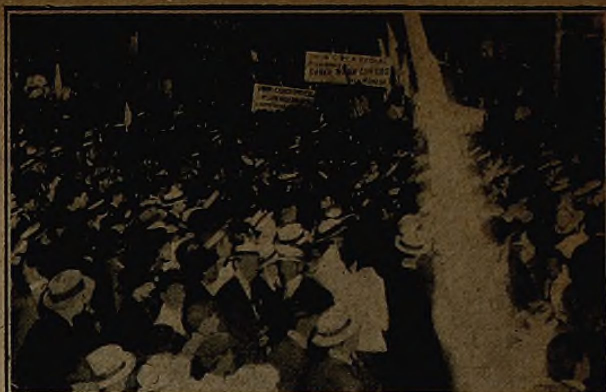
Vuelven juntos a la capital, matan al cómplice de la primera esposa y dan fin al drama celebrando tan fausto acontecimientos con sacrificios y ceremonias ante la tumba de los padres de Tung--Wang.

Sin este final el drama no estaría completo: el objeto de la literatura dramática china parece ser exclusivamente, ya lo he dicho, recordar a los hijos del Celeste Imperio que es necesario hacer los sacrificios y las ceremonias de ritual ante las tumbas de los seres queridos. A esto lo sacrifican todo los literatos de aquel país.

DE TUCUMAN



Algunas de las familias que asistieron al concierto en homenaje al gran maestro italiano Verdi.



Parte de la gran manifestación radical roja, celebrada recientemente.

DE AVELLANEDA



Banquete al footballista del team Independientes, Ferro, en la Costa de los Pescadores.

DE PIÑEIRO



Picnic en las playas de Quilmes, realizado por el Centro Progresista de Football.

Fots. Martín y Arelli.

MÁSCARAS INFANTILES



Camelia Leonor Coble, Pierrot.





Lidia y Nélida J. de Luca, aldeana y tonadillera.



Atilio Medano, Pierrot.



Pepita Ruiz, margarita.



Rosita, Lucrecia y Pedrito Parapugna.



Goyita Ruiz, la música.



José Gómez, 43.



Angela Carmen Gavi, holandés.



Estella A. Valles, turca.



Carmen Galíndez, holandesa.



Héctor Brescia, Pierrot.



Roberto Rodríguez, asturiano.



N. Conde, maja.



Niños de Palossi, Pierrots.



Elena Alterizzio, bailarina.



María Pérez, gitana.

Fot. F. Bixio y Cía.

CONSTANCIO C. VIGIL Y LA REVISTA "ATLÁNTIDA"

Cuando Constancio C. Vigil dejó la dirección de *Mundo Argentino*, del que era fundador y copropietario, dijimos para nosotros: — No tardará en editar otra revista. Vigil no puede vivir sin periódico. Su espíritu reflexivo, inquieto, nervioso, su inteligente laboriosidad, no se amoldan a la molicie del rentista.



Y de que no nos equivocamos está la prueba en *Atlántida*, revista que mañana publicará su primer número.

Desde hace dos meses viene Vigil trabajando con entusiasmo y fe en la realización de la obra que se ha impuesto, y en la que estamos seguros triunfará nuevamente.

Atlántida no será una revista más sino que presentará sus secciones en forma novedosa, y cada página tendrá en sí algo útil, a fin de no fatigar al lector con artículos largos y disquisiciones engorrosas. Es el sistema de las revistas a la moderna: la brevedad unida a la variedad; no limitarse a llenar páginas, sino que cada párrafo de composición contenga algo ameno y algo útil.

De ese modo el lector encuentra grata distracción en cualquier página de una revista.

Atlántida, en sus hojas de papel glacé, dedicará preferente atención a la actualidad gráfica, presentándola en forma artística y atrayente.

Respecto a la parte literaria, Vigil, como en sus anteriores publicaciones, se ha asegurado ahora el concurso de personalidades de gran prestigio en el mundo literario, tales como Arturo Capdevila, José Ingenieros, Horacio Quiroga, Leopoldo Lugones, Mario Bravo, Martín Gil, Alfredo Bianchi, Roberto Giusti, Alfredo L. Palacios, Antonio M. Viérgol, Arturo Jiménez Pastor, Adolfo Agorio, José Soiza Reilly, Torrendell, Hernández Ríos, Múscari, Ruqui, Manuel Caro, Julián J. Bernat, etc., etc.

La parte artística ha sido encomendada a un selecto núcleo de conocidos dibujantes. Un personal de redactores numeroso y experto, y como jefe de redacción el señor Manuel Caro, que durante varios años ha sido auxiliar valioso de Vigil, y la sección fotográfica dirigida por Juan F. Fernández, que ha demostrado siempre ser un verdadero artista; un administrador práctico y bien relacionado con el comercio, como es el señor Guido Rella: tales son los elementos de que Vigil dispone.

Con tales iniciativas, con tales elementos, Vigil y su revista *Atlántida* tienen el éxito asegurado.

ALGUNAS DEMOSTRACIONES GRÁFICAS DEL REGLAMENTO DE FOOTBALL





S
1

Art. 1. - Leyes del juego

La cancha o field estará demarcada con rayas de deslinde -- éstas deben ser trazadas con cal, tiza u otra substancia blanca. . .

DIRECTOR:
SIDNEY A. SMITH

PBT

ADMINISTRACIÓN Y REDACCIÓN:
AV. JULIO A. ROCA, 531

Año XV. Buenos Aires, 6 de marzo de 1918 N.° 693



COMO EN OTRAS PROVINCIAS

Un sol que se eclipsa tras una gran montaña.

Dib. de Meco.

Las uñas de Eloisa



En los círculos aquellos de la sociedad y de la pavada más distinguidos, donde todas las frivolidades insubstanciales de la vida logran capital importancia y transcendente comentario, constituían motivo de cotidiana admiración «las uñas de Eloísa», jovenzuela «chic», «etoile» de primera magnitud entre las brillantísimas constelaciones de la «haute» «snob» y epatante...

¡Las uñas de Eloísa!... ¡Qué uñas!... ¡Qué pulidas!... ¡Qué rosadas!... ¡Qué corte!... ¡Qué calidad!... ¡Qué transparencia!...

Extremidades con láminas córneas de semejante naturaleza, no las lucía nadie. Eran de la más alta distinción aristocrática. En la misma China, donde tan ferviente culto se rinde al cuidado y embellecimiento de esos aditamentos físicos, donde signo de refinamiento tan marcado representan, no se las hubiera hallado más perfectas y excepcionales.

¡Qué placer y qué dicha para el feliz mortal que pudiera hacerse rascar con tan extremosos «adminículos»!...

El pulimento más constante, la esencia de plátano, el carmín y los suaves ungüentos de oriental perfume, habíanlas convertido en diez convexos y escintilantes espejos. Y en esos espejos mirábase, no sólo su presuntuosa y atildada dueña, sino también el conjunto componente del vasto círculo aquel en que giraban todas las novelerías y singularidades de la quintaesenciada sociabilidad metropolitana.

El brillo de los salones reflejábase en el brillo de las uñas de Eloísa, como en una paradojal síntesis de todos sus prestigios.

Y la más sociabilizada pleitesía rendíasele amplia, total y continua. Toda la adjetividad admirativa deshojábase profusamente en su honor. Despertaban en todos, apuestos mancebos y gentiles damas, la más franca y decidida emulación. Tratábase de imitar su corte, de darles su convexidad y transparencia, de adquirir su belleza, de conquistar su fama...

Por poseer aquellas uñas, valor intrínseco y exclusivo de Eloísa, por llegar a poderlas lucir iguales, ya que superarlas fuera ingenuidad pretenderlo, hubieran dado sus admiradoras y admiradores lo incontable; hubiesen acometido lo imposible.

Nada quedaba, por otra parte, que decir de ellas. Parecía, por lo menos, que nada podía encontrarse que agregar.

Un buen día, no obstante, insospechada novedad vino a dar ocasión propicia: en cierta importante tienda, donde la «cleptomanía» dejara ya algunos rastros aleccionando el ojo avizor de dueños y empleados, habíase sorprendido a Eloísa hurtándose bonitamente una discreta pieza de valiosísimo encaje...

La noticia circulaba con toda la reserva y misterio que correspondía al nombre, prestigios y distinción de la protagonista, aunque en forma detallada y concreta. Nadie permitíase un adjetivo aminorante, un término condenatorio, una alusión despectiva.

El mayor respeto, envuelto en la suavidad sedante del concepto, marginaba las palabras. Había una tácita, natural y digna expresión de tolerancia colectiva en los circunstantes. Pero de pronto, y entre la general sorpresa, alguien que por excepción actuaba en el ambiente aquel de la pavada «doré», exclamó entre ingenioso y festivo: ¡Siempre dijimos que Eloísa tenía las uñas bellas, pero la verdad es que nunca nos imaginamos que tuviera también las uñas largas!...

Santiago DALLEGRI.

Dib. de Soldati.

LOS PERROS EN LA GUERRA



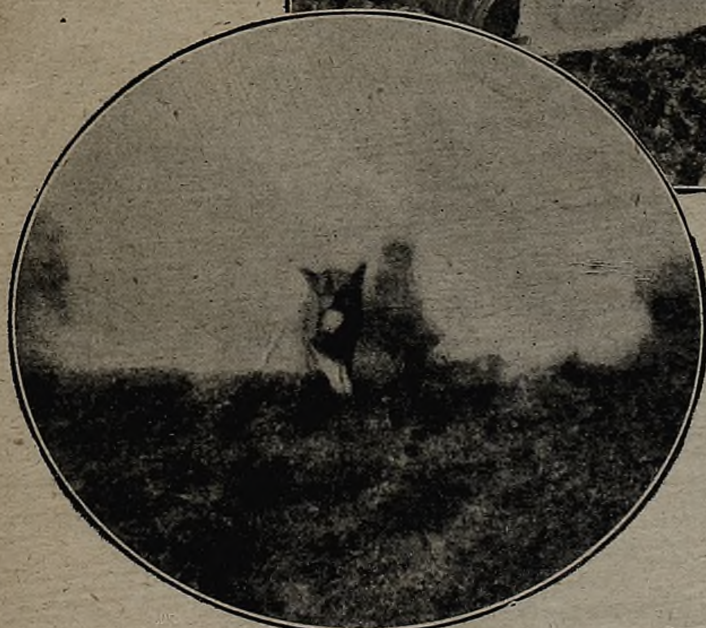
Perro sanitario con la careta que le resguarda de los gases asfixiantes.



Perros de la Cruz Roja británica conducidos al frente.



Perro sanitario recogiendo el casco de un soldado herido para llevarlo a los camilleros.



Uno de los perros sanitarios atravesando los gases asfixiantes.



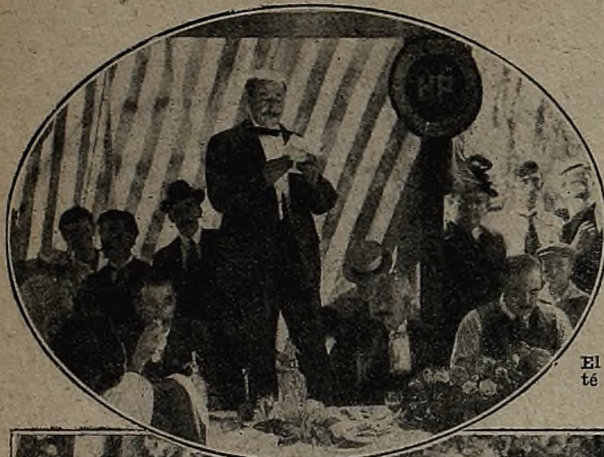
Pyrame, que ha salvado a un batallón francés entero.

EN LA ISLA MACIEL



Picnic efectuado por afiliados al Partido Radical en la isla Maciel, celebrando la proclamación de candidatos a diputados nacionales por la capital.





El señor Toso, presidente del comité de la cuarta circunscripción, leyendo una arenga.

El señor Nicolás Selén pronunciando el discurso de los postres.



Una orquesta improvisada.

EN LA CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

El presidente de la institución al hacerse cargo nuevamente de su puesto, rodeado de numerosos amigos, que le tributaron una demostración de simpatía.

Durante el lunch que se sirvió después de la ceremonia.

CONGRESO DE EMPLEADOS POSTALES



Delegados concurrentes al quinto Congreso de telegrafistas y empleados postales, celebrado en esta capital.

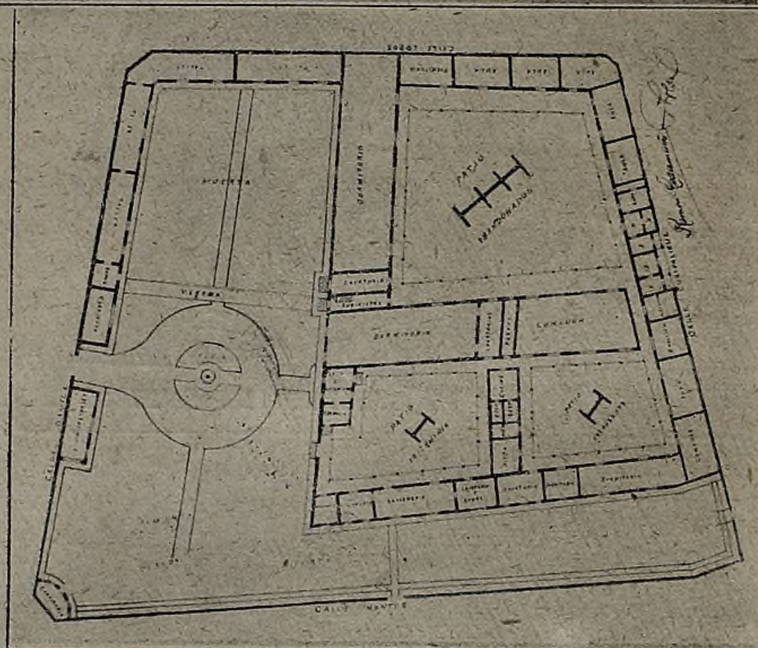


La mesa directiva.

EL INSTITUTO TUTELAR DE MENORES



Vista exterior del local.



Plano del edificio.

El 24 de febrero último tuvo lugar la inauguración oficial del Instituto tutelar de menores, nuevo establecimiento nacional de beneficencia creado a raíz de la donación que hiciera la Sociedad protectora de niños huérfanos y desvalidos del local de la calle Curapaligüe 727, que reproduce nuestros grabados.

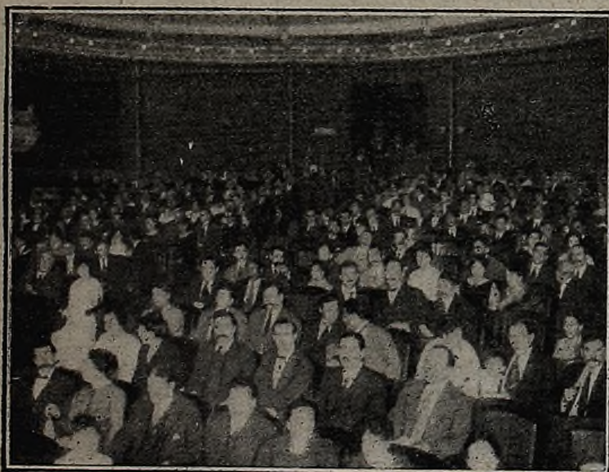
Al acto concurrieron el ministro de Instrucción pública, doctor Salinas; el director de justicia, doctor Novillo Linares; el director de instrucción pública, señor Gené; y gran número de invitados.

Como lo hicieron notar en sus discursos los doctores Salinas y Crotto (este último habló en nombre de la sociedad donante), el estado adquiere un establecimiento destinado a llenar una gran función social de educación, de cultura y de mejoramiento de la niñez abandonada.

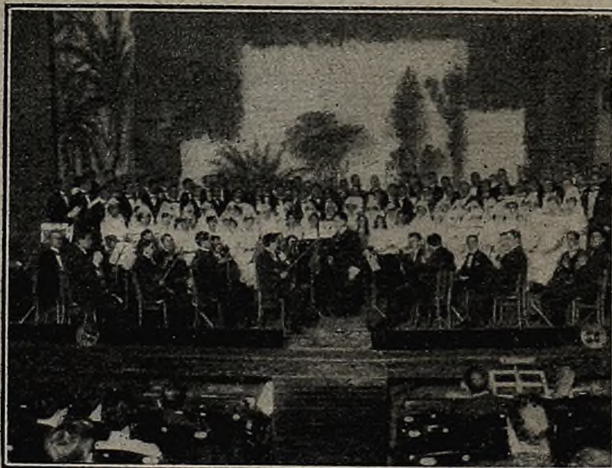
El presidente de la República, doctor Irigoyen, que ya ha demostrado en otras ocasiones cuánto le preocupa este arduo problema de la infancia desamparada, ha de saber sacar partido de esta donación.

Por de pronto, el local está perfectamente preparado para recibir a sus nuevos huéspedes.

CASAL CATALÁ



Público que asistió a la velada musical celebrada por esta institución en el Teatro Buenos Aires, el 23 del mes pasado.



Los coros y la orquesta en el escenario. Las señoritas concurrieron con la clásica mantilla.

CONMEMORACION DE UN CENTENARIO



Damas que asistieron a la conmemoración del centenario de la señora Florencia Oliden de Rodríguez, en el templo de San Francisco, el 23 del actual.

CONGRESO SIONISTA



Público que asistió a la inauguración del Congreso Sionista, en el teatro Coliseo, el 23 de este mes.



LAS NOVIAS

Señorita Leonor E. Miranda, cuyo enlace con el doctor Elías R. de la Torre acaba de concertarse.



Señorita María Isabel Kosket, que contraerá enlace el 8 del corriente.



Un bouquet: Féminas argentinas que pasan en Montevideo la temporada estival.

La gente chic, que se desbandara al aproximarse los carnavales, como consecuencia de no haberse prohibido el disfraz de sacerdote en los corsos, hállase de nuevo en Montevideo. Con ese motivo prosigue la serie de reuniones sociales, iniciadas apenas comenzó a insinuarse el verano. Parque Hotel congrega otra vez a las mejores familias de aquí, siendo infinitos los apellidos argentinos que figuran en la amplia nómina de pasajeros. Nuestras fotografías dan ya una idea aproximada de la animación que reina.

*

El ministro plenipotenciario de Bélgica, acreditado ante los gobiernos de la Argentina y el Uruguay, presentó sus credenciales últimamente al presidente de la República Oriental. El Uruguay es uno de los países que más «sienten» la causa de



El ministro plenipotenciario de Bélgica llegando a la Casa de Gobierno.



El diplomático M. Melot saliendo de presentar sus credenciales.

Bélgica por razones harto comprensibles. La situación del Uruguay en el continente americano es bien semejante a la que fuera antaño en el viejo mundo la de la monarquía de Alberto I. País de poca superficie territorial y avanzada legislación, su escasa potencia bélica lo deja expuesto a cualquier contingencia, en el caso de que la paz del continente colombiano pudiera alterarse. En su discurso, el primer mandatario del Uruguay reveló hasta dónde llega la simpatía del estado americano por la pequeña nación que la pesada bota del imperialismo teutón oprime actualmente.

*

Acto interesante y significativo, digno de la reseña, es la Exposición Nacional de Lanas, inaugurada en Montevideo hace pocos días. Estímulos de esa clase nunca están demás en estas tierras americanas. Los poderes públicos patrocinaron con entusiasmo el certamen, en el que se vieron representados los criadores más progresistas del país. Los vellones que se exhiben ilustran bien al público respecto de la excelente calidad de las lanas uruguayas. Para hacer más eficaz el torneo, distinguidos técnicos han dado sendas conferencias en los días que lleva abierta al público la exposición. Ella prueba que los hombres de trabajo están cada vez mejor orientados y dispuestos a llevar la ganadería a grados de adelanto tan patentes y definitivos como los que enorgullecen a los estancieros argentinos, los primeros de toda la América.



El comedor del Parque Hotel, sobre la playa Ramírez, una de las noches de moda.

*

Aniversario triste: el del asesinato del general don Venancio Flores, mientras desempeñaba la presidencia de la república.

La efemérides se ha conmemorado en una forma digna este año. Hubo solemnes funerales en la Metropolitana, organizándose una ceremonia cívica que resultó imponente. Los descendientes del prócer presidieron los distintos actos, congregándose luego en el Centro Guerreros del Paraguay, donde fué sacada la fotografía de los veteranos, fotografía que acompaña estas escuetas y aceleradas líneas de comentario forzozo a la actualidad, siempre reina y señora.

QUINTIN QUINTON



El presidente de la república inaugurando con un discurso la Exposición Nacional de Lanas.



El doctor Viera y sus ministros en el bufet, después de inaugurar la exposición de lanas.



Un cuadro de heroísmo.

FRIVOLIDADES

Se aparece mi cartero con la solemnidad de costumbre. Este señor cartero ejerce su transcendental función como un elevado sacerdocio. Sin duda se da cuenta de que el hecho de hacer llegar una carta a su destino, de que la entrega de un paquete confiado al correo es algo importante, algo que exige una especial seriedad.

Acaso por esta idea, muy plausible, este señor cartero se presenta rígido; no habla, ni comenta, ni sonríe. Permanece siempre impávido, escultural, inflexible. En apariencia al menos, carece de pasiones, de afectos, de simpatías, de sensibilidad. Para él no existe la emoción. Se diría que carece de sistema nervioso.

Comparo la actitud glacial, siempre idéntica del señor cartero, con la de los demás individuos que con frecuencia me prestan diversos servicios.

El camarero, el hombre que me trae los periódicos, el lavandero, etc., han establecido con mi persona una especie de solidaridad afectiva; sonríen, celebran cualquier novedad grata, se asocian, ostensiblemente a mis contrariedades, comentan sucesos de actualidad, y exteriorizan de modo espontáneo y sencillo aquello que sienten.

Bien es cierto que estas personas no han dejado de serlo para transformarse en funcionarios. No han contraído con el Estado el compromiso de dominar su condición expansiva, para prestar solemnemente una de las más importantes funciones sociales. No se honran con un uniforme, que imprima carácter, ni portan una valija donde se guardan rimas de papeles que contienen trozos de almas que van y vienen, alegrías, lágrimas, desilusiones, esperanzas y ruinas...

Hoy, como siempre, el señor cartero llega y se acerca en actitud impávida y serena. No mira a su alrededor. No le asaltan los naturales impulsos de la curiosidad. Nada le importa mi estancia ni el orden y clase de los objetos que se ofrecen a la vista.

Le basta la certidumbre de que tiene delante a la persona misma cuyo nombre se indica en el objeto a entregar.

El señor cartero no saluda; se limita a un imperceptible movimiento de cabeza, expresión de la severa cortesía oficial. Otra clase de ceremonia no sería propia de la transcendental función que representa en entregar una carta. Y una carta encierra siempre un gran misterio, no descifrado aún. Y ante los misterios no descifrados, próximos a revelarse, resultarían extemporáneos e impropios los saludos ceremoniosos.

El señor cartero requiere hacia adelante la abultada valija de cuero amarillento, igualmente impasible, brillante con reflejos opacos a fuerza de uso, suspendida del hombro por una sólida y ancha correa, con hebilla plateada. Con solemnidad rituaria, levanta el señor cartero la cubierta flexible de su valija. Una ojeada indiscreta me permite observar el interior confuso. Aristas de docenas de cartas agrupadas, algunas ¡ay! con ribetes negros, portadoras sin duda de fatales nuevas; sobre color rosa y letra menudita, femenina, que deben contener tiernas palabras y mensajes de amor; rollitos que encerrarán documentos; cartas abultadas, con grandes lacres rojos; probablemente contendrán valores, acciones, papeles de importancia, donde se concrete entre cifras, sellos y firmas, la desventura o el bienestar de millares de seres.

La mano del señor cartero, operando hábilmente, extrae con rapidez una carta de sobre azul, más bien gris, con dirección escrita a máquina. Se cerciora de que es mi nombre el que aparece escrito, y me entrega el objeto.



Acto seguido, realiza otra rápida investigación de su cartera, para convencerse de que no viene otra cosa para mí. Nueva y cortés inclinación de cabeza, media vuelta, y se va, paso ante paso, sereno y rígido...

Me quedo examinando, entre atento y distraído, la carta que acabo de recibir. Nada delata el contenido. En verdad que una carta cuyo exterior no revela lo que de antemano pretendemos averiguar, nos causa una extraña impresión de zozobra, una incertidumbre inexplicable, que prolongamos un tanto, de propósito, para gozar de una emoción nada vulgar.

Ante una carta extraña, nos sentimos desorientados y queremos ser adivinos, descifrando el misterio a través del tenue obstáculo del papel exterior.

Nos asalta la idea de que, abierto el sobre, llegue a nuestro espíritu una noticia desconsoladora; quizás algo inesperado que cambie el rumbo de nuestra existencia; acaso la muerte de una adorada ilusión; quién sabe si el augurio embriagador y fausto de la ansiada felicidad.

Los hombres que reciben muchas cartas no pueden sentir estos anhelos ni gozar de las incertidumbres, algo enfermizas y frívolas, de los que tenemos pocos negocios y rara comunicación postal.

Para ellos el recibir cartas, abrirlas, enterarse y contestarlas, constituye una labor pesada y mecánica, confiada muchas veces a un simple secretario, también curado de emociones en fuerza de la costumbre.

En cierto modo vale más recibir poca correspondencia, para disfrutar con las contadas cartas que llegan, estos anhelos, esta vaga inquietud moral.

Ante este sobre azul, de tono gris, donde aparece escuetamente mi nombre y domicilio, fatigada la imaginación por descubrir un enigma, instantáneamente construídos y derribados fantásticos castillos de naipes, surge la protesta interna de que no nos sea posible descifrar el misterio, un misterio tan próximo, tan ligeramente velado.

Al fin en un impulso nervioso, algo impaciente, enteramente frívolo, me dispongo a la apertura del sobre. A este efecto utilizo siempre unas tijeras. Mis tijeras, las destinadas a estos menesteres, son largas, bruñidas, afiladas, como dos puñales toledanos. Ellas cumplen ahora su misión cortando sin ruido, suavemente, el doblado canto del sobre azul que el señor cartero me entregó con toda solemnidad hace unos momentos.

Entre emocionado y resuelto, extraigo del interior un pliego blanco, una hoja fina y tersa, doblada, donde aparecen unos cuantos renglones escritos a máquina.

Ya no hay misterio, se descifró el enigma. Recobra el espíritu su ecuanimidad.

Leo: «Muy señor nuestro: Participamos a usted haber trasladado nuestro Garage a un nuevo y amplio local, calle... donde esperamos vernos favorecidos......»

¡Caramba! ¡Qué lástima no tener una máquina!

Pasada la emoción, nos burlamos del desencanto, y esperamos que el señor cartero traiga cualquier día otro enigmático sobre gris, otra misteriosa carta que venga a agitar suavemente, tenuemente, el ritmo de la ordinaria y casi adormecida sensibilidad.

Carlos F. Calzada.

Dib. de Meco.

PEBETES DE LA SEMANA


María Judith Allende Valverde.


José Pampín.


María Ester Allende Valverde.


Carmencita A. Sánchez.


Enilda Scorticati e Inés Fasce.


Aurora Salvi.


Elisa Carrizo.


María Carmen Allende Valverde.


María del Valle Carrizo.

Lo niños cuyo retrato se inserta en esta página pueden pasar por nuestra administración a recoger un vale por dos pesos moneda nacional en juguetes, a su elección, que les será canjeado en el Metropol Bazar, Carlos Pellegrini 340.

EL ÚLTIMO BOHEMIO

Pobre Juan Spiro!

Nos llegó la noticia de su muerte, acaecida en el campo, a donde fué en procura de sosiego para su alma superior y de aire con que hinchar sus pulmones maltrechos.

Nunca conocimos a bohemio alguno con más fe en su talento. Cuando el hambre le hostilizaba, Spiro se reía:

—¡Bah, es una cosa transitoria! Los hombres vulgares no pueden perdonarme el haber nacido tan distinto de ellos. Imaginad un dorado faisán entre patos marruecos. Me tienen desconfianza. Olfatean mi triunfo. Presienten el peso de mi gloria, que caerá sobre su ramplonería como una losa de plomo.

Era feliz. Mientras no le atacaba el asma, sonreía. Y cuando le atacaba, congestionado por la atroz opresión, limitábase a suspirar:

—No me quejo de mi dolencia —sentaba entre uno y otro golpe de tos. —Si mi organismo fuera sano como es vigorosa mi mente, sería un ser perfecto, por demás privilegiado. Iban a tenerme mis compatriotas demasiada envidia. Además que, con mi imaginación, vivo más en una hora gozosa que otros mortales en diez años estultos.

No quiso aceptar ningún trabajo prosaico. La burocracia le inspiraba horror. La figura crasa y egoísta del burgués dábale asco.

—Yo nunca aceptaría las órdenes de quien espiritualmente está muy por bajo de mí.

Vano empeño el nuestro. En cien ocasiones quisimos disuadirle. Se trataba de adaptarse: nadie era más, nadie era menos... Se rebeló un sin fin de veces contra esa adaptación que juzgaba tan absurda como si se le amputara un miembro a quien no padece dolor.

—Los espíritus son como los metales y las gemas —era su argumento optimista. —Tienen, o deben tener, cada cual su aplicación. A nadie se le ocurre fabricarse un martillo con un lingote de oro, bien con una perla irisada. Si mi alma es diamante clarísimo, ¿por qué se me ha de colocar en una oficina pública?

Para Spiro, el desdichado ingenuo, sólo con alma de piedra pómez se podía ser oficinista.

—¿Entonces, qué deseas? —le objetamos.

—¡Vivir!

—¿Y de qué manera?

—Obteniendo cuánto necesite a cambio de los tesoros que me voy a arrancar munificente. ¡Tesoros de belleza!

—¿Versos?

—Versos.

—No va a querértelos comprar nadie. ¡Si fueran vacas o bolsas de trigo!

Juan mofóse de nosotros:

—¡Desconocen ustedes el mercado social! En cuanto las gentes sepan con quien deben habérselas, tendré el camino expedito.

—¿Te parece?

—Estoy bien seguro.

—Se dejó unas melenas merovingias; tuvo un chambergo exótico, corbata en forma de mariposa y una pipa agresiva. Las gentes mirábanle con la propia curiosidad con que mirarían el lomo corcovado de un camello. Empezó a publicar versos en diarios y revistas. No le pagaban nada, pero él tenía la seguridad de que a la vuelta de algunos años aquello le represntaría una fortuna. Surgió en público la primera caricatura.



Juan Spiro suspiró ufano:

—He aquí ya el comienzo de mi notoriedad, de mi gloria.

Veinticuatro horas más tarde le apedreaban los muchachos de su barrio. A ellos les parecía que un hombre que se deja caricaturizar es un infeliz que permite lo golpeen. Siguió haciendo versos. Ponía su corazón candente sobre la tersura hialina de cada estrofa.

Las damas que suspiraron leyendo sus composiciones, al verlo tan enclenque, se mofaban de su delgadez:

—¡Está muerto de hambre!

Quiso la fatalidad que Spiro se enamorase como se suelen enamorar los tísicos: perdidamente.

Tratábase de una viuda que le hizo objeto de marcadas preferencias. Marcadísimas. Hasta le llegó a proteger.

Muchos de los versos de Juan se los sabía de memoria. Cuando Spiro se le declaró, casi llorando de emoción y cariño, ella increpóse indignada:

—¡Es una audacia! ¿Ignora usted que no somos de la misma categoría social?

¡Pobre Spiro, él que repitiónos a cada instante aquello de «no hay más aristocracia que la del talento!»

Entonces se hizo interesado. Quiso obtener dinero, mucho dinero. Demostrar como era oro lo que arrancaba magnánimo a su cráneo. Vano empeño. La belleza es un artículo sin salida. Bastante conseguimos logrando que se nos perdone el forjarla.

Tan hondo fué su desencanto, que se retiró de la metrópoli. Fué hasta el campo que cultivaban los padres.

Aquellas manos pálidas, nazarenas, que burilaron sonetos, removieron la tierra con ardor, en tanto que su nariz se dilataba sensual aspirando el perfume materno que salía de los surcos recién abiertos:

«Estoy convencido de que aquí está la verdad —nos escribió. —Tengo la esperanza de resultar un chacarero excelente».

Le hizo el amor a la hija de un vecino, mozancona robusta que le rechazó sin miramientos:

—Yo quiero un hombre bien hombre. ¡De mi laya! Que nunca «haiga» salido del campo.

Spiro cayó en un anonadamiento brutal, que pronto se hizo marasmo. Tosía mucho. En unos cuantos meses no le quedaron sino los huesos. La gente tuvo miedo de acercársele. Semejaba un cadáver. Escribió sus rimas póstumas con el título de «El último bohemio». Son lamentables y macabros. Han salido en la página literaria de «El Mundo» a la semana de morir Spiro. Cuando las leyó la viuda puso los ojos en blanco:

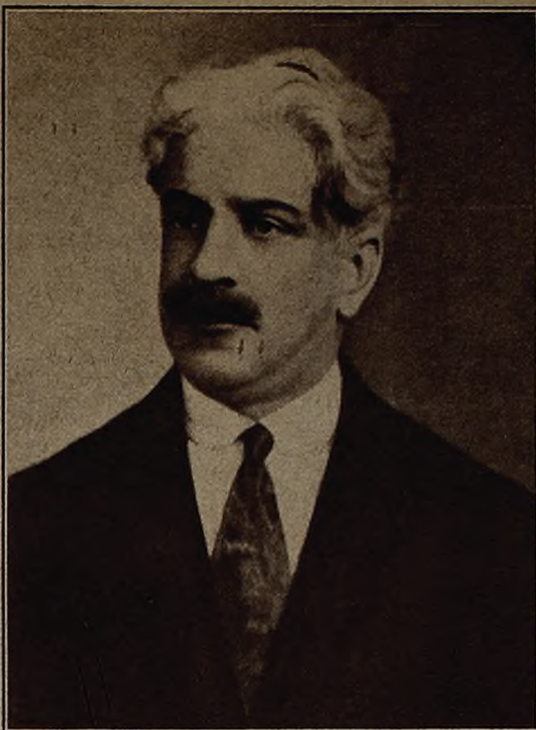
—¡Pobre muchacho!... ¡Tan soñador!...

Y la linda chacarera tuvo un mohín de repugnancia:

—Cómo me iba a casar yo con quien perdía el tiempo de este modo!...

Vicente A. Salaverri.

OSVALDO CRUZ



Osvaldo Cruz, el gran médico brasileño, que la muerte arrebatara en el esplendor de su vida, fué uno de esos grandes paladines mentales de los pueblos, que sacrificándose a sí mismos dedicaron sus poderosas inteligencias y sus viriles entusiasmos, a resolver los grandes problemas que flagelaban a ese trozo de humanidad, sin otra satisfacción que la que deja en el alma de los buenos la labor concientemente cumplida.

Gran médico experimental, que en su misma patria solucionó muchos problemas de higiene, hasta entonces irresolvibles, dando luego, por el éxito de sus enseñanzas científicas, tierras que eran incultas y que el arado abrió sus entrañas para que brotara la prolífica simiente, dando felicidad a los habitantes nacionales y extranjeros, que las abandonaban porque las pestes tropicales les azotaban horrendamente.

Por eso la muerte del gran maestro ha sido, para el mundo de las ciencias, como la extinción de un faro luminoso para los que, revolviendo innúmeros infolios o laborando en el silencio de sus laboratorios, meditan las formas de llevar a los pueblos una obra de verdadera reparación moral y material sincera.

Y su obra brillante, unida a su espíritu y a su abnegación inmaculada, ha de servir a las generaciones futuras de grito de aliento ante las conquistas fáciles que hasta hoy anhelan muchos de los mismos profesionales.

Su obra profesional en la Facultad de Ciencias Médicas de Río de Janeiro — en el laboratorio de Higiene, — ha dejado hondas raíces. Luego al reunir en el Instituto de sueroterapia a los famas mundiales, como S. von Prowazek, Max Hartmann, al químico de erudición reconocida G. Giemsa, y al anátomo-patologista Hermann Duerck, hizo una obra cuyo patriotismo fué no sólo sentido en su país, sino también que fué comentado elogiosamente en el mundo entero.

Instituto cuya obra de saneamiento fué una guerra a muerte a los agentes propagadores de los males hasta triunfar por completo. Nuestros distinguidos profesores universitarios y la juventud estudiosa argentina sienten un enorme vacío por la muerte de este nobilísimo varón americano; y siempre en las veladas científicas de nuestra Facultad de Medicina, al comentar la obra magna de este apóstol que vive en el mundo de la inmortalidad, se siente una pena infinita por su desaparición terriblemente prematura!

Oscar Alberto IBAR.



Dib. de Soldati.

RIMAS

Para P B T.

En el jardín espera la rubia princesita
a que las sombras tengan complicidad de cita.

Sus ojos son azules. Sus manos, tan preciosas,
yo las deshojo en besos como si fueran rosas...

Su falda tiene el suave murmurio de las alas
de un cisne que pasea, para lucir sus galas

en un lago tranquilo, que es el antiguo espejo
de las esbeltas torres de su castillo viejo...

La princesita tiene la boca diminuta
con aroma de flores y con sabor de fruta.

Yo, que sé de sus besos como sé de las mieles,
y que libo en sus labios como en rojos claveles,

nunca pude mirarme en sus azules ojos
sin despertar sus celos o provocarle enojos,

porque dice que lee en mis pupilas obscuras
amorosas leyendas de pasadas locuras.

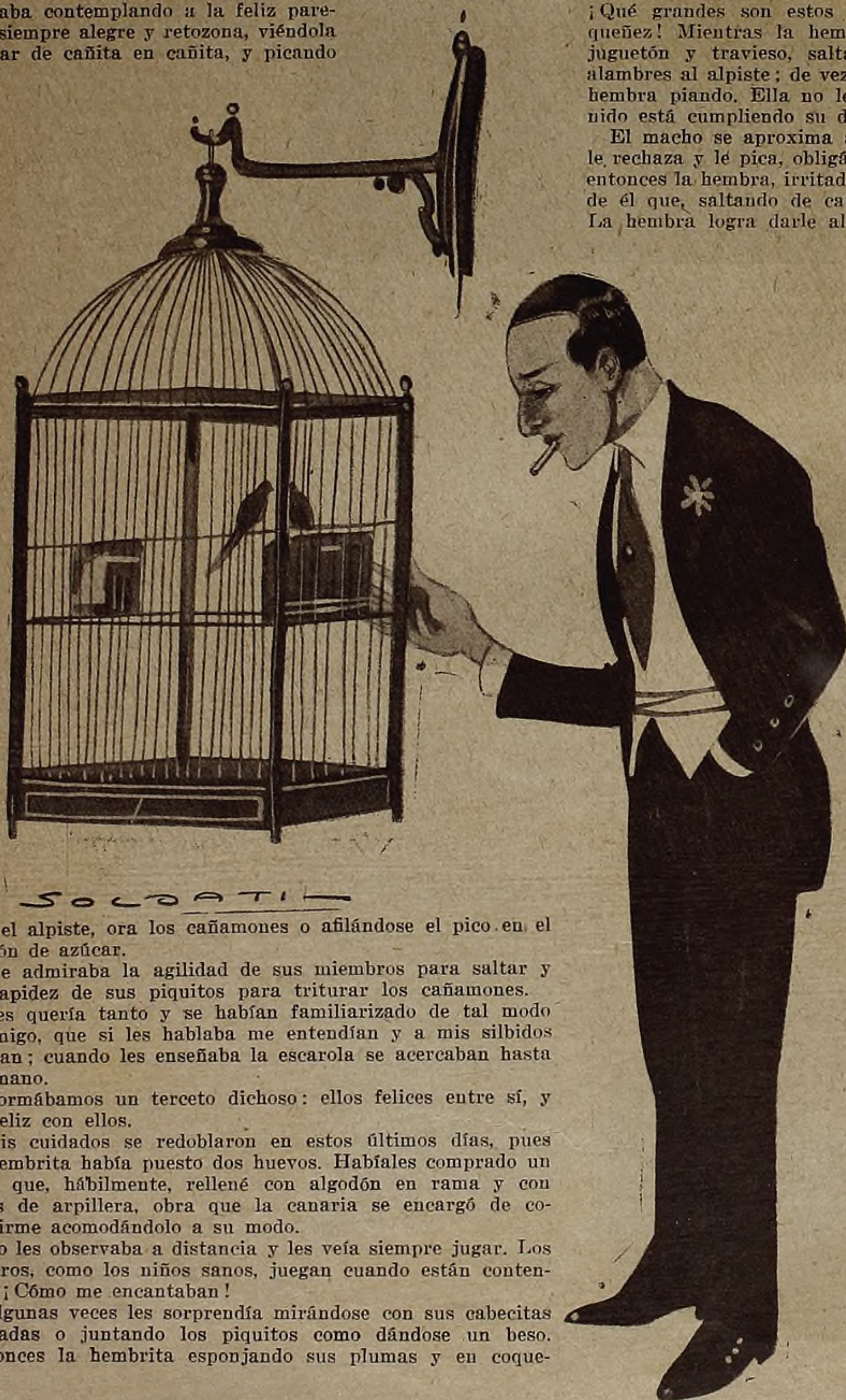
Eduardo J. RICHANDEAU.

¡ERA UNA MALA MADRE!

(Para niñas de 6 a 80 años)

Creéis posible que pueda caber crueldad en el diminuto cuerpo de una canaria? Pues explicarme esta escena que he presenciado entre un lindísimo cazal que, hasta ayer me pertenecía.

En una jaula de cristal y bronce, siempre perfectamente limpia y en la que jamás faltaron cañamones y alpiste en abundancia, amén de una hojita de escarola y terrón de azúcar, vivía, arrullada por sus mutuas caricias y por los cuidados míos, una preciosa yuntita de canarios, alegrando con sus gorgeos mi triste soledad. ¡Que eran felices, es indudable! Nacieron y se criaron juntos, no se separaron jamás y estaban bien cuidados. ¿Qué más podían apetecer? Ni siquiera echaban de menos su libertad, puesto que no la conocieron; habían nacido en la misma jaula. Yo me extasiaba contemplando a la feliz pareja, siempre alegre y retozona, viéndola saltar de cañita en cañita, y picando



ora el alpiste, ora los cañamones o afilándose el pico en el terrón de azúcar.

Me admiraba la agilidad de sus miembros para saltar y la rapidez de sus piquitos para triturar los cañamones.

Les quería tanto y se habían familiarizado de tal modo conmigo, que si les hablaba me entendían y a mis silbidos piaban; cuando les enseñaba la escarola se acercaban hasta mi mano.

Formábamos un terceto dichoso: ellos felices entre sí, y yo feliz con ellos.

Mis cuidados se redoblaron en estos últimos días, pues la hembrita había puesto dos huevos. Habíales comprado un nido que, hábilmente, rellené con algodón en rama y con hilos de arpillera, obra que la canaria se encargó de corregirme acomodándolo a su modo.

Yo les observaba a distancia y les veía siempre jugar. Los pájaros, como los niños sanos, juegan cuando están contentos. ¡Cómo me encantaban!

Algunas veces les sorprendía mirándose con sus cabecitas ladeadas o juntando los piquitos como dándose un beso. Entonces la hembrita esponjando sus plumas y en coquetones saltos, huía del macho que la perseguía tenazmente, saltando de los alambres al alpiste, del alpiste al nido, del nido a una caña, para volver después a encaramarse en los alambres.

La hembra, celosa de su cría, iba y venía al nido constantemente. Con frecuencia se detenía en él, y, después de acomodar el algodón con el mismo amor que una mujer-madre, acomoda la cuna de su hijito, ella lo cubría con su cuerpo extendiendo sobre él sus alas. ¡Con cuánto amor ofrecía a la cría su calor propio! ¿No habéis observado qué expresión adquieren estos animalitos cuando cubren sus huevos? Sus ojos brillan más que de ordinario y revelan, a la vez que una dicha inefable, un temor indescriptible y una fiereza que contrasta con su configuración y su tamaño. ¡Qué grandes son estos pajarillos aun dentro de su pequeñez! Mientras la hembra está echada, el macho sigue juguetón y travieso, saltando de caña en caña y de los alambres al alpiste; de vez en cuando se detiene y mira a la hembra piando. Ella no le contesta; cuando se halla en el nido está cumpliendo su deber de madre.

El macho se aproxima agitando sus alas, mas la hembra le rechaza y le pica, obligándole a alejarse, pero él insiste, y entonces la hembra, irritada, abandona el nido en persecución de él que, saltando de caña en caña, huye sin defenderse. La hembra logra darle alcance, le lucha y de un picotazo le deja tuerto. Entonces el macho intenta defenderse, y aunque en lucha desigual, hace frente a su agresora, perdiendo en la lucha el otro ojo. ¡Pobre canario mío! Ciego y como loco, salta sin medir la distancia cayendo repetidas veces; quiere volar y golpea fuertemente su cabeza contra los alambres de la jaula. En uno de esos golpes cae para ya no levantarse más.

La hembra, como conocedora del mal que ha hecho, se refugia en el nido, encima de sus huevos. Pareciera que por temor al castigo, se amparase en sus hijos para obtener perdón de madre. Temerosa y desconfiada, pero curiosa a la vez, de dos saltos llega hasta el macho que yace en el suelo de la jaula, y le mira y le toca con el pico, mas al convencerse de que está muerto, pía dos veces. ¿Qué querrá decir? Pica la lechuga, toma agua y vuelve al nido cubriendo con sus alas extendidas los dos huevos, mientras sus ojos brillosos acusan su fiereza y su temor. Así la sorprendí.

Al ver su crueldad no pude contenerme, y en un momento de ciega indignación le abrí la puerta de la jaula.

Quise así castigar su delito, negándole mis cuidados, sin darme cuenta de que ella, en su egoísmo propio, se alejaría para siempre, olvidándose de mí y abandonando su cría. ¡Infame! ¡Y yo que creía que su pasión de madre la había arrastrado a cometer aquel crimen, al ver la jaula abierta y la cría, en el nido abandonada, pienso con amargura: ¿Será posible que la maldad del sexo esté también encarnada en esas avecillas tan pequeñas?

. . . .

Joaquín FRADE GOITIA.

Fémina Argentina



Señorita de Pomés





Señorita Selvita Blanco Villalta

Fot. F. Bixio y Cía.



LA ETERNA QUEJA

Otra vez, madre Venus, tu querube de aljaba
hizo blanco en mi pecho con su dardo sutil,
cuando apenas cerraba
la anterior cicatriz.
Otra vez esa llaga pasional que sangraba
sangra dentro de mí.
Ayer tarde Cupido,
volandero en las rosas, una flecha tiró...
¡Ay!, ¡cuán hondo me ha herido!
Esta vez, madre Venus, moriré por Amor;
por tu arquero invencible que en su juego atrevido
me ulceró el corazón.
....
Como el pobre venado
con el pecho cruzado
al sentirme en el golpe, del acecho salté.
Pero ¡ay! que conmigo la saeta llevaba...
Otra vez, madre Venus, ¡y pensar que curaba
la otra herida recién!

DESILUCIÓN...

Y pasaba la tarde que no debía volver,
y sonaba la hora que no volvió a sonar...
No nos dijimos nada y te vi comprender,
había comprendido y quise silenciar.
¡Oh lo que hubiera sido y no ha debido ser,
lo que hubiera pasado y no llegó a pasar;
el secreto del alma que se ha dejado ver,
la invisible reserva que se pudo ocultar.
Nadie pensó en lo bueno, ni había hecho el mal;
convirtióse el destino de la copa fatal
en la mano sacrílega de la infiel ilusión;
y aquel amor que iba a desaparecer,
miró volcarse el vino del triste no beber
en la última cena de nuestro corazón.

¡ETERNA ARIANA!

Te abriré la gran puerta de mi espíritu. Entra.
Mi ser es como un sueño de hallazgos irreales;
duerme el sopor morboso de un opio de quimeras
y gira con los tósigos de un ánimo insaciable.
Seguirás el enigma de mis señas extrañas.
Mi corazón fué un pájaro que en pos de su idealismo
se alejó tras las luces de una tarde fantástica;
yo no sé si dejaba, o iba a buscar el nido.
Nunca dirás a tiempo la dispuesta palabra,
porque andando a deshora no estaré para oirla;
a cada paso tiene la calle de mi alma
para inversos destinos la doblez de una esquina...
....
Te abriré la gran puerta de mi espíritu. Entra,
de este ideal humano al fatal laberinto.
La sangre se ha parado dentro mi momia seca;
encuéntrame la Vida: mi amor te da su hilo.

Hebe FAUSSATS.

LA LLAVE DE LA DICHA

La baronesa se desvivía recorriendo sus elegantes salones, animándolos con sus miradas y sonrisas. Llegó al grupo de sus más íntimos, donde se hablaba animadamente de las excelentes grandezas y villanías del juego, disponiéndose a disfrutar de la agradable presencia de aquéllos; y al fijarse en la persona que hacía uso de la palabra, la hermosa jamona no pudo menos de preguntarle:

—¿Es posible, doctor?

—Ya lo ve usted, señora, — repuso Pepe Rosales, que éste era el nombre del aludido. — Fatigado de *surcar* esos mares procelosos, vengo en demanda de tranquilo y seguro puerto.

—Pero, ¿es posible, doctor, que le guste el juego? — repuso sonriendo la dueña de la casa.

—Raro podrá parecer, máxime en quien, como yo, llegó a dominar ese vicio... o pasión.

—¿Y no juega nada, nada?

—Absolutamente, desde hace un año.

—Vaya, pues, no tardará usted en caer nuevamente en el vicio, — repuso un anciano, con grave entonación.

—Abundo en sus opiniones. Mas, a pesar de ello, quien como yo dispone del medio de resistirla...

—¡Cómo! — exclamaron a coro los allí reunidos. — ¿Habla usted seriamente?

—Tanto, que quiero mostrarles el preservativo, — contestó Pepe, sacando pendiente de la cadena del reloj una diminuta y linda llave.

—¡Ya! Se trata de una historia ¿eh? — preguntó la condesita de Rubielos.

—Cabalmente, señorita; de una historia y no alegre.

—¡Ah! somos todo oídos, doctor, — gritaron los más, formando círculo alrededor de Pepe, quien se expresó así:

La víspera de reembarcar para España, asistí a una de las fiestas que el cónsul francés daba a lo más importante de le capital de la isla, que no cito. Allí, en los salones, estreché la mano de muchos antiguos amigos y conocidos. Entre estos últimos se encontraba S...., tipo al que profesaba la doble antipatía de quien se ve precisado a respetar la hermosa fruta del cercado ajeno y advierte la miel en la boca del asno. Habíanme contado de él casos estupendos, casi criminales. Fué a aquel país en busca de fortuna. Era inteligente y laborioso y logró sus deseos, pero siempre en vísperas de volver a su patria, hubo de aplazar el viaje a causa de haber perdido en el juego hasta el último peso. Yo le había conocido tres meses antes. Me llamó para asistir a su mujer, que se hallaba enferma en un Cotaje de las palmeras. La hermosa señora de S... así se la llamaba en la ciudad, tenía a la sazón unos veintidós años. La encontré en cama, algún tanto febril; esto realzaba más su belleza; a través de la fina batista adivinábanse sus formas puras, hermosas: su voz, su excitación, su tristeza, todo, todo me atraía.

Cuando me retiré, llevaba en mi corazón y en la mente esa turbación del primer amor; esa impresión dulcemente conmovedora. Yo no podía vivir sin ella, y al propio tiempo,



la idea del criminal abuso me exasperaba. Pensé en huir y huí en efecto. Visité casi toda la América Central, y regresé a mi casa creyéndome curado.

Volví al Cotaje varias veces más, pudiéndome persuadir de que la mujer de S... poseía vastísima instrucción y que por su hermosura, por su educación, y por su carácter dulce y digno, podía hacer la felicidad del hombre más exigente. Aunque yo callé mis sentimientos, ella era demasiado inteligente para no adivinarlos. De todos modos, como hube de convencerme de que ella amaba a su marido, o al menos le quería lo suficiente para no faltarle, resolví salir de aquel país y volver al mío.

*

Hacia la segunda mitad de la noche se *armó* la banca. La mesa quedó rodeada en un instante; las embestidas de los *puntos* fueron tan certeros y fuertes, que en menos de media hora quedaron derrotados dos *banqueros*, perdiendo cincuenta mil pesos oro cada uno. Yo ganaba, y ciego, embriagado por el metal y por la avaricia, al levantarse el último derrotado, dije:

—Tallo cuarenta mil pesos.

—Bien, — contestaron secamente mis compañeros.

Entonces comenzó a desarrollarse la verdadera, la desenfrenada pasión del juego. Frente a mí estaba S, jugando siempre a las *cargadas*. Pero como ante mi estrella próspera se estrellaban todos los esfuerzos, S quedó sin dinero. Propúsome jugar sobre su palabra. Acepté, sí, acepté, porque el brillo de tanto oro no colmaba mi avaricia, y no bastándome con todo lo ganado, quería tener créditos, muchos créditos.

S jugó a la *doble*, y a pesar de su propósito, perdió y perdió siempre. Al llegar a los veinte mil pesos oro, pálido como un cadáver, congestionado, según el rojo de sus ojos, vaciló.

—¿No hace usted postura? — le dije.

—No puedo empeñar más mi palabra, — repuso con ahogado acento.

Comprendí que le había arruinado por completo. Y como ocurrió que ya nadie *apuntaba*, iba a levantarme. S se me acercó ansioso, y en voz baja, muy baja y sofocada, me dijo, sacando del bolsillo un pequeño objeto:

—He aquí la llave de la habitación donde duerme mi mujer; la juego contra lo que he perdido.

Y colocó la llave sobre el tapete.

De lo que pasó después, nada sé; confusamente se me ocurre, pero no puedo concretarlo... S perdió, después de una lucha encarnizada de un cuarto de hora. Tomé la llave con pulso febril, y en mi mente, bestialmente atrofiada, apareció una voluptuosa imagen, ondulante al viento su cabellera, chispeantes de amor sus ojos verdemar... Creyendo en mi locura, que me llamaba, salí de aquel salón, luego de la casa, y corriendo me dirigí al Cotaje de las palmeras.

*

Cuando el aire puro de la madrugada despejó mi mente, barriendo de ella los miasmas asquerosos y requemantes del salón de juego, sentí vergüenza, tuve horror de mí mismo y, volviendo la espalda al Cotaje, huí como ladrón sorprendido en flagrante delito. Llegué sin cesar de correr al muelle, tomé una lancha yo me dirigí al transatlántico, donde ya estaba mi equipaje. Cuando desde la cubierta escudriñé el sitio donde ella quedaba y las preocupaciones invadieron mi mente, no pude contener las lágrimas, que fuí a ocultar a mi aislado camarote.

*

Pepe aceptó una copita de Jerez, servida por orden de la baronesa, y guardó silencio.

—Tendría curiosidad en saber con qué cara recibió la *hermosa señora de S* a su indigno marido.

—No se vieron más, señora, — contestó el doctor, gravemente. — S, al salir yo aquella terrible noche del salón de juego, se hizo justicia, alojándose una bala en el corazón. Cuanto a la viuda, la conducta infame de su marido mató en ella todo amor. Por lo demás, no tardaré en saber el resto de la historia y a qué atenerme.

—¿Piensa volver allá?

—Sí, muy pronto, señora; tengo necesidad de verla para referírselo todo; quiero disculparme, implorar mi perdón y...

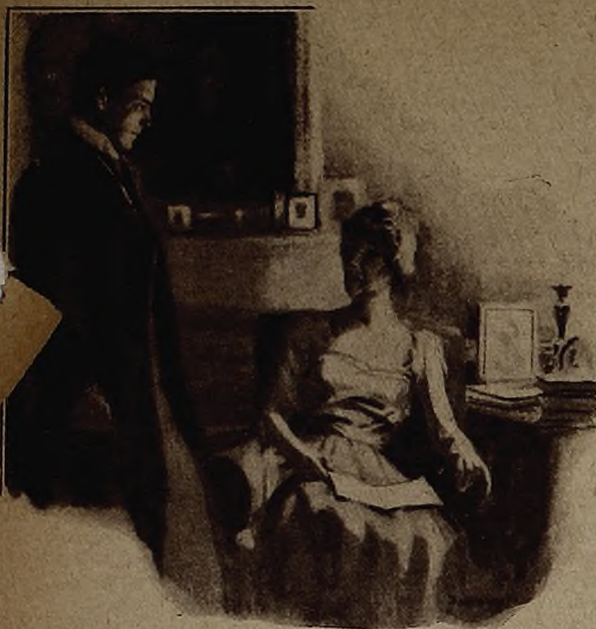
—Y... devolverle la llave de su habitación.

—Eso es, — contestó sonrojado Pepe.

—Claro, para entrar en el cuarto de su mujer, ¿qué falta hace la llave?

R. DE MONTEARAGON

EL ÚLTIMO BESO



I

HACE algunos años recorríamos la Italia varios amigos. Nos proponíamos ver todas sus poblaciones importantes y llevábamos cartas de recomendación para algunas familias principales de Turín y Roma... La duquesa de *** nos había recibido en su casa con la amabilidad que le reconocen aún aquellas personas que nunca le han dirigido la palabra.

Una noche, mientras «son monde» tomaba el te, me quedé solo con ella al amor del fuego.

La duquesa había sido muy hermosa. A la sazón estaba enferma, y nuestra conversación se limitaba a contarme el sinnúmero de aguas minerales que había tomado por orden de los médicos más famosos, y a decirle yo que hay ciertas enfermedades para las cuales el médico no sirve de nada.

En esto estábamos cuando un tremendo golpe de tos de la duquesa interrumpió nuestro diálogo. Me levanté para tirar del cordón de la campanilla, y la duquesa, sonriendo, me dijo que me sentara.

—Como sois extranjero, me dijo, y como me conocéis hace poco tiempo, ignoráis que estos accesos son breves, y desconocéis su origen. Os voy a contar una historia que saben de memoria mis compatriotas.

II

—Hace veinte años, amigo mío, tenía yo diez y ocho, y me casaron con el excelente marido cuya muerte nunca lloraré lo bastante.

Creeréis, al oir esto, que mi marido era el que yo había deseado. No.

El duque me doblaba la edad; su fealdad era famosa en Italia; pero en cambio tenía mucho talento.

Mi padre me casó con él contra mi voluntad, y a pesar de esto, mi marido logró a los cuatro meses de ser dueño de mí, que yo le amara como si me hubiera casado con él arrastrada por una pasión honda y violenta.

Tenía el alma tan hermosa, que la fealdad de su rostro fué desapareciendo ante mis ojos, y al cabo de un año me parecía el hombre más hermoso del mundo.

¡Tan cierto es que se ama con el corazón, y no con los ojos!

Al poco tiempo de habernos casado, el duque me llevó a recorrer la Europa; pero yo deseaba ante todo conocer mi país, porque nunca había salido de Roma.

Fuimos, pues, a Turín, a Milán, a Nápoles, a Florencia, a Venecia...

En Venecia resolvimos pasar el invierno.

Con tal motivo alquilamos un palacio a orillas del gran canal, y próximo a San Marcos.

Nuestros salones fueron bien pronto punto de reunión de la sociedad más escogida, y los nombres más ilustres figuraban en las tarjetas que constantemente recibíamos.

Entre nuestros nuevos amigos había uno que nos visitó poco al principio, y con demasiada frecuencia después. Bien pronto su aparente amistad se hizo sospechosa a mis ojos.

Era un noble veneciano, descendiente nada menos que de Marino Faliero, joven, hermoso, rico, galante, célebre por sus aventuras; no tengo que deciros más para que adivinéis que aquel hombre entraba en mi casa con el propósito decidido de hacerme la corte.

Comprendílo así, y procuré desde el primer momento encerrarme en una reserva profunda. Di orden a los criados para que no se le recibiese nunca, so pretexto de que estábamos ausentes o enfermos: pero estas negativas no podían repetirse, porque mi marido, a quien no quise enterar de mis temores, le invitó para el primer gran baile que dimos, luego para una comida, y después para un te.

El asedio del veneciano aumentaba; mi resistencia era tenaz, pero aquello debía tener un término: hubo momentos en que tuve miedo de mí misma, y tomé una resolución.

Con el dominio que mi voluntad ejercía en la del duque, le exigí que saliéramos de Venecia inmediatamente.

—¡Inmediatamente! —dijo mi marido— ¿y por qué?

—No lo sé, es un capricho; una ridiculez quizá... He soñado que esta semana nos ha de suceder algo grave en Venecia.

Mi marido se echó a reir, pero era esclavo de mis caprichos y dió las órdenes oportunas para que nuestra partida se verificase en el término de cuarenta y ocho horas.

Al mismo tiempo que el duque daba esta orden, entró en el salón el hombre de cuya persecución quería yo huir a todo trance.

Mi marido le saludó con afabilidad y salió a disponer nuestro viaje. Quedéme sola con él, y entonces mi osado pretendiente, con la rapidez del rayo, se acercó a mí y me tomó la mano.

No pude impedir que me la besara y... perdonadle a una pobre vieja esta confesión... sentí un vértigo, retiré bruscamente la mano a tiempo que mi marido volvía al salón con una gorra de viaje en la mano.

En aquel momento mi corazón, que había estado dormido tanto tiempo, volvió de su letargo... ¡y el duque me pareció más horroroso que nunca!

Pero su presencia fué mi salvación: la voluntad y el deber vencieron a la pasión naciente, y aquella brevísima tempestad que promovió la audacia del enamorado veneciano disipóla en un segundo la voz de la honra, como disipa el sol con un solo rayo las negras nubes que fueron principio y fin de la tormenta.

—¿Qué es eso? —dijo viendo al duque con la gorra escocesa en la mano.— ¿Vais de viaje?

—Nos vamos pasado mañana —respondió mi marido.

El veneciano me miró.

—Sí —le dije yo entonces.— Nos vamos para no volver más, y le volví la espalda.

III

Aquella noche recibí una carta de mi galán.

La devolví sin abrirla.

A la mañana siguiente un criado me anunció su visita.

—Decid a ese caballero —exclamé iracunda— que no queremos verle.

El duque que me oyó pronunciar estas palabras, dijo: ¿Y por qué?

—Porque ese hombre me repugna —le respondí.

—En efecto —exclamó mi marido— dicen que es un libertino, que ha promovido mil disgustos, que ha envenenado a dos o tres mujeres y que abusa de la influencia que ejerce en los tribunales con su fortuna. Pero serán hablillas sin duda, porque es muy galán y debe tener muchos envidiosos.

Y tocándome nuevamente en el hombro:

—Señora duquesa —me dijo cariñosamente— eso no ha estado bien, y yo voy ahora a despedirme de ese caballero, y a disculparte del recado que acabas de dar a Bautista. ¿O prefieres que pasemos por groseros?

—No —contesté.

Mi marido salió tarareando una canción italiana.

IV

¡Si supierais cuánto me pesó aquel relámpago de amor que sentí hacia mi galante caballero!

Todavía resonaba en mi oído la canción que mi excelente esposo iba tarareando por el pasillo; y al verle tan satisfecho de la felicidad que yo le proporcionaba, me avergoncé de haberme dejado fascinar un momento por la atractiva mirada de aquel calavera de oficio.

El duque era tan bueno, tan bondadoso, tan digno de ser amado...

Pasaron dos horas, durante las cuales activé los preparativos del viaje, dispuse nuestras tarjetas de despedida, escribí algunas cartas y cuando me preparaba a hojear una guía de Italia para estudiar el itinerario de nuestro viaje, apareció en el umbral de la puerta mi marido, pálido, desencajado, dió un paso adelante, vaciló y cayó sobre la alfombra. Rebotó su cabeza en el suelo, me arrojé sobre él para ayudarle a levantarse.

—¡Me muero! —dijo— y asiendo con convulsas manos mi cabeza, acercó mis labios a los suyos, y depositó en ellos su alma con un apretadísimo y prolongado beso. Dos segundos después, el duque era un cadáver.

No os puedo describir el dolor que se apoderó de mi alma. Cuando tuve tiempo para pensar comprendí que mi marido había sido envenenado. Así lo hice saber a las autoridades de Venecia, las cuales, mejor informadas que yo, pudieron enterarme, a las cinco de aquella tarde, de todos los pormenores de tan horrendo crimen.

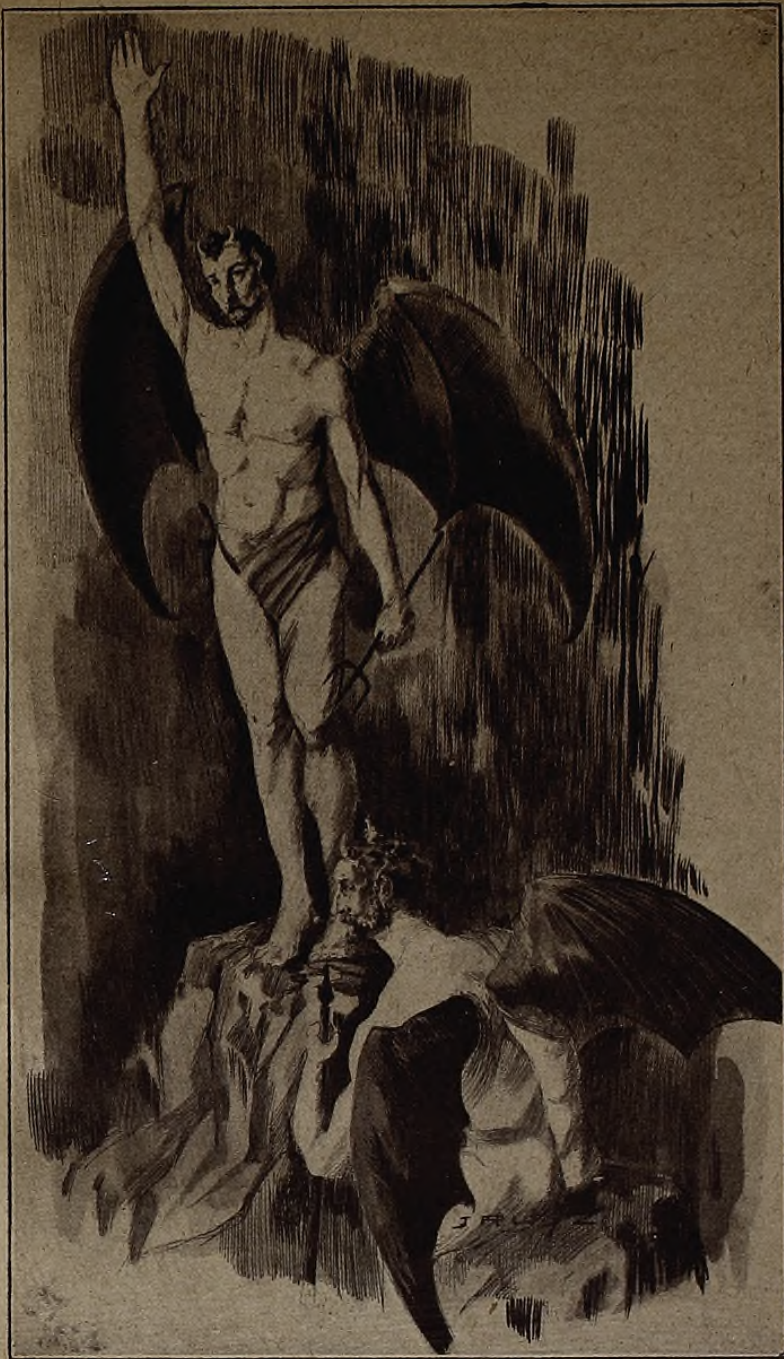
El noble veneciano, a cuyo amor nunca quise corresponder, había recibido la visita del duque y le había envenenado como a tantas otras víctimas de sus iras o de sus celos, invitándole a tomar una pipa cuya boquilla estaba impregnada del veneno con que aquel miserable había hecho desaparecer en otras ocasiones a rivales temibles. Esta vez el envenenador había seguido a la víctima, y mi galán se había suicidado, anunciándome en una carta su adiós a la vida, que sin mí no quería. Esta carta, hallada en casa del suicida, me fué entregada aquella misma tarde.

Volví a Francia desolada. Desde entonces una enfermedad sin nombre acaba mi vida lentamente.

La ciencia ha sido estéril para combatir mi mal, originado, según confesión de los médicos más famosos, por algún residuo del veneno que el duque me transmitió en sus labios al depositar en los míos aquel «último beso», cuya impresión creo aún sentir en este momento.

Eusebio **BLASCO**.

LA VOLATILIZACIÓN DEL DIABLO



Satanás andaba muy malhumorado y pensativo, buscando en los repliegues negros de su imaginación artes de palabra y de obra con qué animar a sus legiones infernales, afligidas de grave desaliento y consternación.

Los diablos, siempre joviales y revoltosos como gente despreocupada y maleante, habían perdido la alegría y aun la esperanza de recobrarla, porque Dios les cerraba las puertas del infierno, impidiéndoles subir en lo sucesivo a la tierra, donde tanto se divertían a costa de los pobres mortales.

Entretenían la huelga forzosa de la reclusión con las gratas memorias de los tiempos en que, ya con su forma propia, ya con la de animales raros y caprichosos, corrían el mundo, engañando a los hombres, pervirtiendo a las mujeres, comprando almas desesperadas, o adquiriendo de balde almas de cántaro; seducciones, compras y conquistas de que lograban rico botín y diaria provisión para el infierno.

Aquel encierro les infundía verdadero pavor. Temían unos que el linaje humano, libre de tentaciones inmediatas, se hiciera bueno y justo, tomando en derechura el camino del cielo.

Temían otros que la humanidad les perdiera el miedo y respeto que les tenía y que, no viéndolos por ninguna parte, empezara a creer que no existían tales diablos.

Y se quejaban todos de la parcialidad de Dios, porque establecía un monopolio a favor de los ángeles, los cuales podían ejercer a sus anchas su industria benéfica mientras los demonios encontraban cerrada la frontera: privilegio y proteccionismo que permitían la expendición de las virtudes, con perjuicio evidente del infierno, y con menoscabo del mismo albedrío del ser humano y quien se privaba de escoger y discernir entre el bien y el mal. ¿Qué mérito tendría ya la virtud sin el toque y la oposición del vicio que la contrastan como el oro en la piedra, y la acendran como el fuego en el crisol? ¿Qué gloria el triunfo sin el combate donde se prueba el esfuerzo y se acredita el valor?

Y el infierno entero proclamó la necesidad de abolir ese monopolio, así por decoro de la justicia e imparcialidad divinas, como en provecho de la libertad humana.

El infierno debía guerrear por favorecer a sus enemigos. Por donde se advierte que esas advocaciones generosas son desde muy antiguamente el pretexto y capa de todas las guerras del egoísmo. Porque en las revueltas de tales rodeos diplomáticos se escondían, como ladrón en la encrucijada, la codicia de conquistas y la ambición de dilatar las esferas de influencia del infierno.

Así es que el gran monstruo rojinegro, rey de las llamas y señor de las tinieblas, se pasaba los días y los meses mirando por el ojo de la cerradura de la puerta infernal, en acecho de ocasión en que pudiera forzarla por descuido de los guardianes celestes que de la parte de afuera la custodiaban. Pero la ocasión no venía, y además, las diversas salidas que los sitiados, intentaron fueron ineficaces, porque la puerta quedó reforzada con un revestimiento de pluma de alas angélicas, materia intangible para el diablo. Tampoco pudieron colarse algunos diablillos enanos por el ojo de la cerradura, aun con ser grande y proporcionado a la magnitud de las llaves.

Y en vista de esos fracasos, Satanás y los siete ministros mayores de su consejo se dieron a imaginar astucias que alcanzaran lo que no podía la fuerza.

El gobierno infernal no malgasta los días en programas oratorios ni en consultas y expedientes administrativos. Allí todo es rápido y sumarísimo, según conviene a quien conoce la importancia del tiempo. Se delibera pronto, se resuelve de prisa y lo resuelto se ejecuta en el acto. Por eso el infierno vence casi siempre y manda tantos millones de siglos sobre la pereza humana. Ni se gasta ni debilita, porque lo que más enflaquece a los poderes es el desuso y la inactividad de sus facultades y funciones.

El discurso de Satanás ante su Consejo de primates fué breve y dijo así:

«El estado mísero a que nuestro enemigo eterno nos ha traído, es tan visible a todos, que no he menester de retóricas para encarecer la fuerza abrumadora de nuestras desdichas y la necesidad urgente de remediarlas. La mejor pintura de los males ciertos está en los ojos que los ven, y la más persuasiva prueba de las necesidades está en padecerlas. Hay que restaurar las libertades diabólicas, hoy vejadas, y volver por el crédito infernal, hoy muy decaído y a punto de ruina total. No traigo ni os pido palabras huecas, sino resoluciones firmes, que no con arengas, sino con opresiones, nos combate y vence el enemigo.»

El ministro de la fuerza, habló el primero por tratarse de un caso de guerra. Pensó poco su plática: no es su oficio el de pensar. Pero, aun pensándolo mucho, no hubiera conseguido nada. Se confesó impotente para forzar el paso.

Satanás, muy enojado contra aquel poder que no le servía cuando lo necesitaba, requirió el auxilio de la astucia diplomática.

El ministro del ramo pensó, o hizo como que pensaba detenidamente: habló con parsimonia en la palabra y gravedad en la apostura. Y, en resumen, se declaró tan incapaz como su colega.

«Tratárase — dijo — de embaucar a los hombres con apariencias cortesanas, o de disimular nuestras intenciones con frases melifluas, y yo inventaría artes y perfidias maestras. Pero la diplomacia no tiene que hacer cuando se nos impide tomar formas engañosas y sutiles con que seducir las almas y meternos por los ojos».

Desechadas por inútiles las obras de la fuerza y de la diplomacia, se recurrió a la obra del ingenio. El ministro de las ciencias mágicas desató la dificultad, por que se viera que en todo lugar la ciencia y la enseñanza han de ser salvación de las sociedades oprimidas y reparo de los daños acaecidos.

«Los demonios no podemos ya salir del infierno por la fuerza, en nuestra forma corpórea, ni por astucia, en figura y especie de serpientes o animales extraños. Tampoco cabemos por las rendijas de las puertas infernales. Pero las leyes de la naturaleza no se violan y menos por aquel que las dictó y está por ello obligado a su respeto. Por donde no caben los cuerpos sólidos, caben los gaseosos que tienen la propiedad de comprimirse o dilatarse, según su conveniencia. Salgan, pues, por resquicios y cerraduras los vapores infernales, y extiéndanse como emanación palúdica y miasma pestífero por la costra de la tierra. ¿Qué importa que no llegue a ella nuestro cuerpo, si llega nuestro espíritu, ni qué interesa que el hombre se escape de nuestras garras, si le inficionamos con nuestra substancia».

Este feliz razonamiento fué acogido con largo murmullo de admiración y fiera risa satánica, que se ríe por lo que otros han de llorar.



Y, sin perder tiempo, se puso en ejecución el maravilloso proyecto, cuyos pormenores puntualizó el ministro en la segunda parte de su sabia oración; la cual, según pedía el rey de las tinieblas, no fué cascabelera palabrería de la que usan los políticos de acá. Aquello era engendrar ideas en alta voz y en público.

Limpiadas cuidadosamente las grandes calderas de Pedro Botero, para la cabal pureza de la operación, se avivaron con doble corriente de aire las llamas eternas, hasta poner las vasijas al rojo.

Hízose luego llamada general de las legiones infernales para reclutar en ellas los diablos más endiablados, a fin de cocerlos vivos en las marmitas preparadas.

En cuanto se supo que los más perversos serían los escogidos, no hubo necesidad de leva forzosa.

Allí la perversidad es un honor, y todos se lo disputaron en reñida competencia, para aumento de su mala fama.

Interesábanse, además, el bien común, la salvación de la patria tenebrosa y el patriotismo no se ha acabado en el infierno, que por eso prevalece sobre la humanidad y conserva sus extensas colonias sobre la tierra.

Millares de demonios se ofrecieron a sacrificarse a la mayor gloria de Satanás. Y ellos mismos de cabeza se arrojaron en las hirvientes calderas con tal prisa y en tanto número, que hubo de ponerse coto al entusiasmo, sacando de ellas o impidiendo entrar a muchos pobres diablos, que, por no ser bastante malignos, podían desubstanciar el guisado.

Empezaron a chirriar los cuerpos que se tostaban, soltando sus grasas pestilentes. Comenzó luego a cocer aquel líquido viscoso, borbotando estruendosamente como hervor de inmensa catarata. Y de aquella ebullición se desprendieron pronto gases y vapores negros en abundancia tal que, no cabiendo ya en los ámbitos del abismo, buscaron y tuvieron natural salida por los resquicios y cerraduras de las puertas, como sale a lo exterior el humazo del incendio de una casa cerrada.

Y así en la columna continua que, retorciéndose luego en espirales, formaban madejas, y en madejas que, abriéndose y dilatándose formaban nubes, los vapores escapados del infierno subieron a la tierra, incorporándose en su atmósfera, como la humareda se disuelve en el aire dejando en él hedor y tufo del incendio.

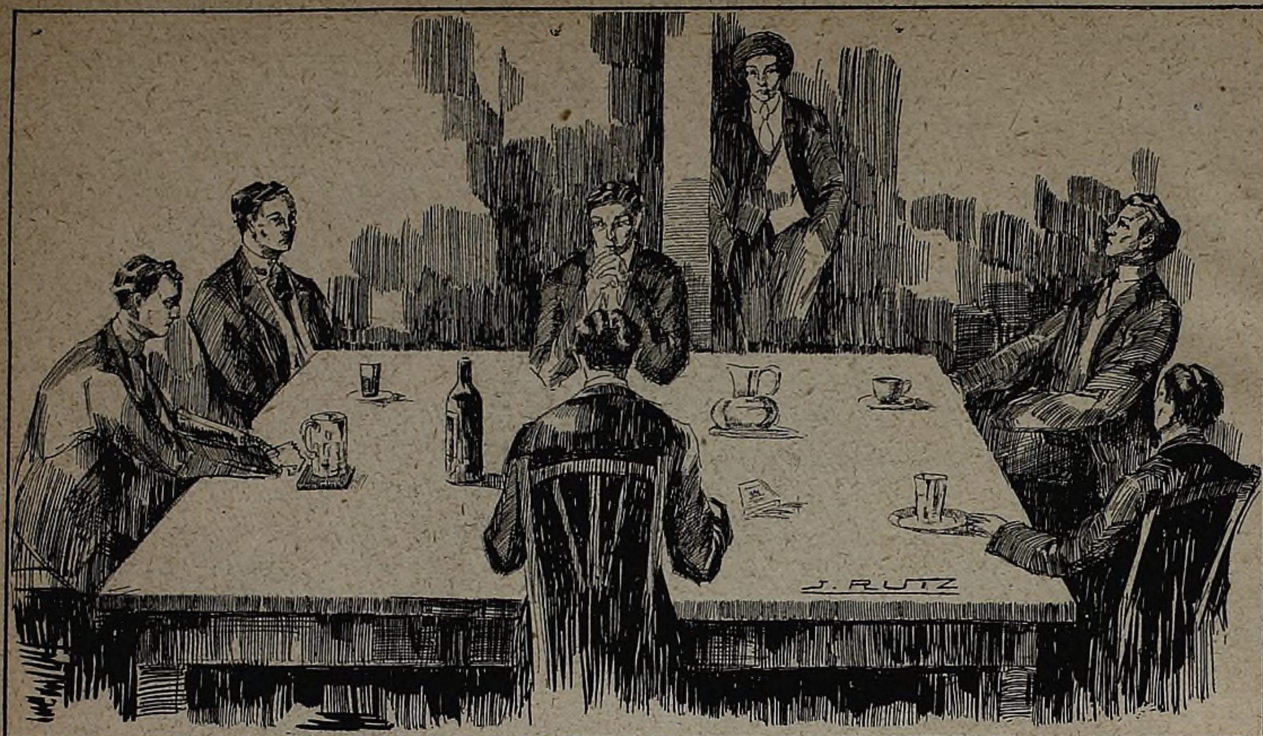
La audacia de la ciencia había triunfado sin que los ángeles guardianes pudieran sospechar la estratagema ni estorbar la expansión de un flúido incoercible.

Aquéllo era el extracto y quinta esencia de las maldades y pasiones infernales, la volatilización del diablo, que con sutileza tan ingeniosa se introdujo en la sangre de los hombres, para inficionarla, como se verá en la segunda parte de esta historia sacada de antiguos códices de la magia.

EUGENIO SELLES.



Eva Balfour, bella actriz cinematográfica.



UN CÍNICO

(HISTORIA DE CAFE)

I

Me lo presentaron cierta noche en un bullanguero «bar» de la calle Corrientes, y llegamos a ser casi amigos. Era un simpático muchacho: delgado, moreno, suavemente pálido... No me sorprendió su luenga fama de afortunado triunfador en numerosas lides galantes. Su figura romántica y algo byroniana, su charla armoniosa, su distinción, debían ser impagables talismanes para encadenar corazones femeninos. Tenía él, sin embargo, marcadísima predilección por las bellezas rubias, nórdicas, de ojos azules... El fervoroso culto que les rendía, despertó mi curiosidad. Alguna vieja historia de amor, pensé; exhibicionismo, quizá... Pero lo indudable era que el impertérrito conquistador, ante el tipo de mujer que los poetas han dado en llamar arcangélico, se convertía en un bobalicón ingenuamente enamorado.

II

El café semejaba una inmensa colmena de zánganos; y el abejorreo de la charla, frívola y zumbona, llenaba la amplitud de la sala.

Hallábase reunida la tertulia habitual, y Carlos Montálvez — mi personaje — oficiaba de Júpiter tonante, en aquel paradójico Olimpo.

Había bebido más de lo regular y, de retraído que era, se transformó en espontáneo y decidor. Esa noche, llevaba el alma a flor de piel y el ambiente era propicio a las confidencias. Intencionalmente me burlé de su manía amatoria, y bastó la leve insinuación para que la Esfinge revelara su secreto.

— Sí — prorrumpió, — yo también solía reir de los eternos enamorados; de los que buscan en todas las mujeres, sin encontrarla jamás, el alma inefable de la «otra». Ahora los compadezco. Soy un pobre atormentado por la hidrópica sed del ideal imposible. ¡ Bah ! Es una historia — y vaya de vulgaridad — una historia romántica.

Y los amigos: — Cuéntala, cuéntala.

— Y bien; una nueva canallada ¿qué importa?... Ya que lo queréis, sea:

Hace próximamente diez años residía, con mi familia, en un pueblito suburbano. Cursaba entonces, desastrosamente, — sea dicho en homenaje a la verdad, — el segundo año de medicina.

La conocí en el tren. Por una insignificante futileza trabamos conversación, simpatizamos. Rubia, delicada, no era ciertamente una hermosura llamativa, pero sí, adorable. Se llamaba Margarita, y Margot decíanle cariñosamente las amigas. Venía cada quince días a Buenos Aires, a visitar la abuelita enferma. Menudearon sus visitas a la anciana, y en sucesivos encuentros — no siempre debidos a la casualidad — llegué a convencerme de que la chica me amaba apasionadamente.

Seguí la aventura por «sport», por simple vanagloria. Fué un idilio encantador. Mentíle que la quería con toda mi alma, que nos casaríamos, en fin... la mar y los peces de colores. Me lo sabía de memoria. Había repetido la misma cantilena cincuenta veces, por lo menos, a cincuenta mujeres distintas. Margot, más buena o más tonta que las otras, me creyó... Todo muy ruín, ¿verdad?, pero al mismo tiempo muy natural.

Accediendo a sus ruegos llegué a prometerle que iría a su pueblo a pasar las vacaciones. Pero poco a poco se entibió mi primitivo afecto. Estaba hastiado y aproveché, para olvidarla, la primera oportunidad.

Pasaron algunos meses. Una noche que cenábamos varios amigos en grata compañía de mujeres alegres, alguien trajo a colación mi antiguo «flirt» con la rubia insignificante e insubstancial... Estallaron a coro las pullas y las carcajadas aviesas. Me pusieron en ridículo. Salí de aquel ambiente encanallado y perverso, con un profundo asco hacia mi propia vida, inútil y funambulesca, de máscara perpetua.

No pude conciliar el sueño. Me asaltó el remordimiento. Recordé mi lejana promesa, y así de golpe, afiebrado, resolví el viaje. Dos días después estaba en el pueblo de mi novia dispuesto a regenerarme.

Me alojé en el hotel. A la tarde la vi en la plaza. Estaba radiante, linda, con su vestido rosa. ¡ Entonces sí que me enamoré de veras! Corrió a mi encuentro, sonriente, transfigurada... ¡ Cómo brillaban sus ojos azules! Aun los llevo grabados en el alma. ¡ Ah !, y después, ¡ cuántas horas de pasión loca, inenarrables !... Abreviaré. Por desgracia mis propósitos de enmienda fueron sólo transitorios. El demonio del juego, un demonio verde, me tentaba. En dos o tres noches de mala fortuna perdí en el club todo mi dinero y hasta contraje deudas. La situación era insostenible; debía partir cuanto antes. Tuve un resto de vergüenza y no quise confiarle nada; pero ella debió sospecharlo. Al despedirnos nos hicimos mutuas promesas de eterna fidelidad, y me regaló, como recuerdo, un volumen del «Werther» lujosamente encuadernado. Acepté el obsequio sólo por complacerla. En el ferrocarril, al hojear el libro, encontré entre sus páginas un sobre. Reconocí la inconfundible caligrafía de Margot: «¡ Perdóname !»...

Intrigado por la frase enigmática, lo abrí febrilmente y encontré, ¡ oh sorpresa !, dos billetes de cien pesos, dos billetes inmaculados... Aquel gesto me llegó al alma. Dios sabe qué suma enorme de sacrificios representaban los dos papeles...

Al llegar a Buenos Aires, abrigaba la firme resolución de devolverlos. Pero yo no era más que un infame, y las chispas azules de mi bondad se desvanecían rápidamente como fuegos fatuos. A los cuatro días, aquellos pesos habían seguido el camino de tantos otros. No obstante, supe reconciliar la conciencia con el interés, e inmediatamente le escribí: «Señorita: Veo que me ha juzgado usted muy mal, y su inconcebible ofensa ha herido profundamente mi susceptibilidad de caballero...» Era una ironía. Había salvado el «honor» conservando la «ofensa». Lo noble, es cierto, hubiera sido confesarle la verdad; pero en el momento no se me ocurrió ningún recurso más expeditivo ni más barato. ¡Ah, Dios mío! Fueron aquéllos los treinta dineros de Judas.



No la he vuelto a ver, mas su recuerdo me atormenta como un castigo. Con el tiempo, «ella» se ha convertido, para mí, en una especie de mito, al que rindo respetuosa adoración. Por eso busco un ser incorpóreo en todas las mujeres que exteriormente se le parecen; pero pronto se desvanece el encanto. A los ojos azules de Margot solía asomarse la Virgen María; y los de las otras son inexpresivos, fríos y sin alma como un espejo más o menos bello...

III

Carlos estaba borracho; no cabía la menor duda. Al despedirnos le auguramos, entre sonrisas, un satisfactorio éxito, en la conquista ilusoria del «espíritu» de la «otra». Raúl —un amigo que hacía poco tiempo se había incorporado a nuestras huestes— al estrechar la mano de Carlos, sonreía también; pero en su sonrisa había un ligero sarcasmo: —«Venga a visitarme cuando guste...» y le extendió una tarjeta. Otelo debía sonreír así. Sin embargo, Raúl no se asemejaba en nada, físicamente, al célebre moro trágico de Shakespeare. Sólo era un buen burgués, apacible, gordo y rubio como un alemán.

Hacía nueve años —Montálvez lo ignoraba— se había casado en un pueblo del interior, impensadamente, y creo que por razones económicas, con una mujercita adorable de ojos azules... Era dichoso con su esposa y con su único hijo Carlos. Un precioso angelito moreno, con algo de lord Byron —niño en la mirada...

El nombre era un simple capricho de la madre...

ANTONIO AMADO VILLAR.

EL ALGARROBO DE LA BANDA

(A la memoria de Marco M. Avellaneda).

AFIRMAN ciertas personas que al cruzar de noche por la «acequia del molino», que corre paralela al río Metán, en el departamento del mismo nombre, sienten voces angustiosas que ponen pavor en los corazones.

Concurren, como a propósito, ciertas circunstancias que vienen a dar pábulo a estas creencias. La noche, el paraje silente y desierto, la corriente que parece murmurar muy quedamente alguna historia triste, y cierto temor supersticioso, se aunan para que la ficción adquiera un tinte de realismo incomparable.

No en vano la creencia popular supone que en ese lugar se desarrollan escenas en que andan mezcladas cosas de ultratumba.

De boca en boca se ha perpetuado lo que en los momentos actuales sólo puede imaginarse que es el producto de una mente atormentada por una visión dantesca.

Cuentan que el 3 de octubre de 1841, cuando el camino de que hice referencia, apenas si era la huella profunda dejada por las «carretas tucumanas», pasaron por ahí, de vuelta, miserables y doloridos, los prisioneros que Oribe ataba al carro sangriento del tirano agazapado en Palermo.

Las huestes del poncho y chiripá rojo, que al grito de «mueran los salvajes, asquerosos, inmundos unitarios» sembraban el espanto en ciudades y campos, han conseguido, mediante una traición, apoderarse, después del desastre de Famaillá, del joven general y tribuno Marco Manuel de Avellaneda.

Esquivando al iluso Lavalle que intentaba reproducir la Tablada, cortó por otra senda con unas pocas gentes, camino de aquellas cuestas solitarias que conducen a las provincias del Norte, al lugar donde lo esperaban sus padres, su compañera y sus hijitos. Desciende una mañana de las serranías para tomar la llanura y galopar más de prisa, cuando acierta a pasar un comandante con soldados. ¿Quiénes son? Fugitivos también, derrotados como ellos, de la misma gente, pues los acababa de ver en la escolta del general Lavalle. Se juntan, se saludan, se reconocen y prosiguen. Al llegar a una estancia, se apean todos. Allí descansarán. Y el comandante comunica a sus soldados con una sola mirada, la terrible intención. Se arman todos y a una señal y a un golpe Avellaneda y sus amigos están presos. ¿Es que el comandante Sandoval juega a los sustos? Están presos Avellaneda y sus amigos. ¡Están presos!

Un propio de Sandoval vuela en seguida en dirección a Oribe a comunicar la nueva y a pedir la anticipada recompensa del perdón por el crimen de haber sido comandante de Lavalle. Y en fila, al medio, ¡marchen! comenzó la canalla a dar picotazos sobre aquella figura que no tardó en ir siendo despojada de sus mejores prendas. Los prisioneros son entregados a Mariano Maza, el bárbaro. ¿Qué es aquello? El degollador que goza de fama más idónea entre los degolladores.

Se han encontrado los traidores y los bárbaros ejecutores de las órdenes del neurótico presidido de «Los candombes». Se les va a ejecutar sin otro sumario que unas cuantas preguntas dichas entre carcajadas. Bajo el árbol que la tradición popular ha bautizado de «algarrobo de la banda» son conducidos los prisioneros. Y sin duda, para hacer más horrorosa la muerte del joven que por Dios, la Patria y la Libertad moría, se degüella en su presencia a Videla. Casas, Suárez, Espejo y Souza y sobre esa sangre humeante se le tiende para ser inmolado, mellando primero el cuchillo.

Y para que el hecho llegara al colmo del horror, para que la barbarie se mostrara en toda su plenitud, dispusieron brindar los riñones de ese patriota a dos humildes campesinas, Josefa Vallejo de Basterra y su hija Dominga, las que los comieron, asados, creyendo fueran de cabrito.

Y la gran cabeza del joven tribuno y soldado fué llevada a Tucumán y expuesta en una pica, durante quince días en la plaza pública hasta que una heroína, Fortunata García, la libró de su último escarnio.

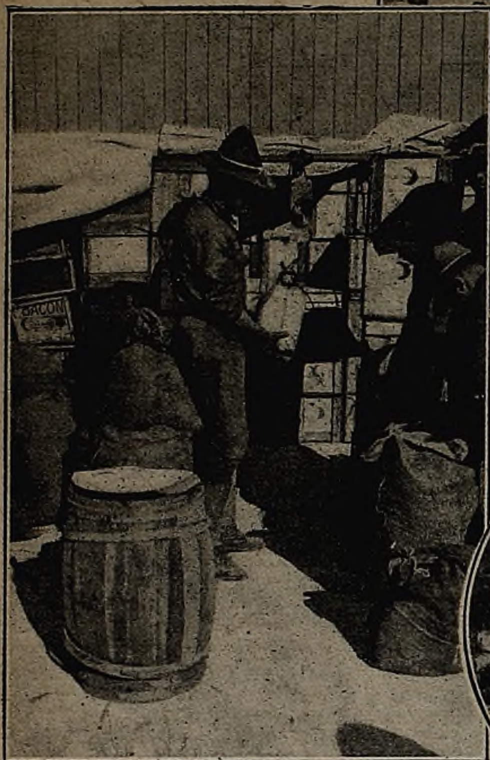
Por eso hay quien dice que, al pasar de noche por la «acequia del molino», se sienten ayes, como si el espíritu de aquellos sacrificados pidiera al transeunte nocturno una plegaria.

M. TEJERINA BENITEZ.

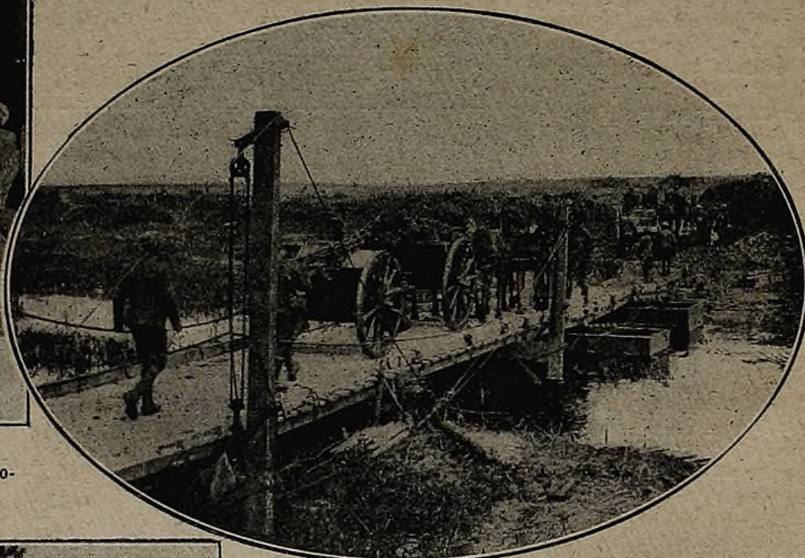
NOTAS GRÁFICAS DE LA GUERRA



En el frente británico del oeste. — Las tropas construyendo una represa de contención.



Campamento norteamericano en Francia. — Comprobando el peso de los víveres.



Oeste (frente británico). — La artillería cruzando el Iser.



Frente del Marne. — Un consultorio médico poco confortable.



En el frente oeste británico. — Un soldado probando a otro una armadura germana. Parece decirle: «¡Justo! Es lo que te conviene, muchacho».

¡SI YO FUERA REY!

Era una noche muy fría: noche de invierno y de las peores!

El mes de junio derrochaba sus riquezas: nieve, lluvia, viento; y todo entre tinieblas.

Las pulmonías aleteaban gozosas; los catarros con noble emulación aspiraban a pulmonías; los reumas se arrastraban sobre el barro ejercitando sus fuerzas.

No había pulmón seguro ni articulación que funcionara a gusto.

El frío, primo hermano de la nada, se desperezaba en la sombra. Y los termómetros aterrados se encogían cada vez más.

Una noche de todos los diablos; pero no de los diablos clásicos, de los que andan entre llamaradas, espuman calderas de pez hirviendo y saltan como salamandras en el incendio de las cavernas del eterno dolor.

No: un infierno de esta clase se hubiera quedado convertido en carámbano infernal.

Las calles estaban desiertas. Decimos mal. Un pobre mendigo envuelto en una deshilachada manta caminaba lentamente arrastrando unas veces sobre el barro, otras sobre la nieve, sus años y sus miserias.

Acaso había sido persona acomodada; quizás gastó en otro tiempo zapatos de charol, blanca pechera, elegante frac, y gabán de pieles. Pero aquel tiempo estaba muy lejano: si existió alguna vez, hoy no era más que un sueño.

El mendigo seguía caminando. No iba, seguramente, hacia su casa, porque no la tenía. Buscaba un rincón, un portal; y quizá sin ser Job, buscaba un estercolero en que dormir aquella noche.

Y así recorría calles y cruzaba plazas, y no encontraba sitio a su gusto. Tal vez su gusto era excesivamente delicado, porque espacio no le faltaba.

De pronto se detuvo: le asaltó una idea casi luminosa. Despertó en él un recuerdo envuelto en efluvios de calor. Recordó, decimos, que aquella mañana pasó por una plaza y que en ella había visto unas calderas de asfalto derretido que daba gusto verlas.

Todo es relativo en este mundo. Para los demás transeuntes aquellas calderas eran sucias y feas; negras y humosas; para el pobre mendigo, en aquel instante eran el símbolo más perfecto de la felicidad humana, con algo de felicidad divina.

¡Qué alegre la hoguera que ardía bajo el pegajoso depósito hirviente! ¡Cómo retozaba el asfalto fundido con borbotones negruzcos! ¡Qué humo tan espeso y tan cálido! ¡Era un espléndido edredón de plumas de cisne negro para los pobres! Dormir en el centro de aquel humo debía ser como remontarse al edén y tenderse sobre blandas nubes muy bañadas de sol.

Y acariciando el mendigo estas ideas pensó con anhelos de esperanza, que acaso las calderas conservarían algún resto del fuego de la mañana.

Verdad es que la noche era muy fría; pero el fuego había sido muy grande. Al pasar el mendigo junto a él, así como al descuido, como el que roba un poco de calor, había tocado el reborde de la caldera y se había quemado la mano. En aquel momento recordaba con delicia la picante quemadura y sin remordimiento el cálido robo.

La miseria embota mucho la conciencia.

Decididamente había que volver a la plaza, había que buscar las calderas y había que acurrucarse en el suelo bajo su negro techo: sombra protectora embadurnada de asfalto.

Ya tenía el mendigo un objeto en su existencia, por lo menos aquella noche: un norte a donde dirigirse: en suma, una esperanza.

¡Tan cierto es que la esperanza nunca abandona al hombre, aun en sus mayores desdichas!

Sólo que la esperanza reviste formas muy diversas.

Para el artista es la gloria; para el sabio un gran descubrimiento; para el general una victoria; para el avaro una arca llena de oro; para el rey un manto imperial; para el enamorado una mujer; para el náufrago un puerto; por lo menos una tabla; para el mendigo de nuestra historia un depósito de derretir asfalto, que todavía estuviese caldeado.

Esta esperanza será prosaica, modesta, fea, negruzca, sucia; pero con tal que esté caliente, es todavía una esperanza, aunque sea de color de pez.

Y el pobre diablo se fué hacia ella por el camino más corto.

El mendigo no iba solo: tras él iba un perro tan sucio, tan pobre, pero menos desamparado que su amo, porque el perro le tenía a él, y él no tenía ningún otro ser a quien acercarse.

Y el hombre marchaba en busca de la caldera de asfalto. Y el perro iba detrás, sin meterse en averiguaciones; con esa ciega fidelidad, con ese amor desinteresado, con esa sublime indiferencia, propia de su noble raza.

Si hubiera pasado un Rey en su carroza y hubiera llamado al perro, el animal habría dejado al Rey y habría seguido a su amo, o hasta el fin del mundo o hasta los embetunados **residuos de asfalto.**

¡En la Creación hay almas para todo!



Así siguieron un rato por una calle y otra calle, hasta llegar a la plaza de sus esperanzas, que resultaron — como la mayor parte de las esperanzas — fallidas.

¡Se habían llevado toda la maquinaria de asfaltar!

Y se detuvo el mendigo; y se detuvo el perro. Pero en la vida, cuando muere una esperanza nace otra; y el mísero mendigo recordó que cerca de aquella plaza había una obra: es decir, que estaban construyendo una casa; que la valla estaba medio rota; y que en el solar había un montón de maderas, y aún sospechaba que debía de haber alguna estera, restos de un improvisado cobertizo.

Hacia su nueva esperanza se fué y tras él, sin esperanza ninguna, se fué el perro.

Al fin llegaron: y esta vez la esperanza valía tan poco que ni se tomó el trabajo de desvanecerse. Allí estaban la empalizada, el solar, el montón de vigas, otras maderas de derribo y algunas esteras.

Rompió el mendigo un tablón de la valla. En el montón de madera hizo un hueco; con algunos tablones formó el techo de su alcoba; la mitad de la estera le sirvió de colchón; la otra mitad de cubierta; unos cuantos ladrillos de almohada; y se acurrucó como pudo y el perro junto a él como su mejor abrigo.

Al poco rato el pordiosero dormía con sueño pesado; con sueño calenturiento, ¡qué la fiebre y el perro fueron los únicos que en aquella noche de invierno le dieron algún calor!

Y no sólo durmió, sino que soñó.

Tal vez no fué sueño, sino delirio; pero ¡qué importa! estaba lejos, muy lejos del mundo de su miseria.

El hombre había tenido muchas

veces esta idea ambiciosa: ¡Si yo fuera Rey! Y aquella noche soñó que se había realizado su deseo y que era Rey al fin.

¡Qué creación tan extravagante la de aquel desdichado cerebro! ¡Cómo se transformaban las sensaciones, que provocaba el mundo exterior, al mezclarse en las celdillas misteriosas de la capa cortical, con aquella cámara obscura del pensamiento!



Al pronto sintió un gran placer y se arrellanó en su dorado trono diciendo: «qué a gusto se está aquí».

Y era que su cuerpo fatigado encontraba blanda la estera y aun más blanda la almohada de ladrillos.

Era sensación de descanso. ¿Qué más da el trono dorado, que la tierra y la estera? El descanso, es descanso. Soñaba una mentira; pero soñaba una verdad.

Luego soñó que todo su pueblo se postraba a sus plantas y que se sentía orgulloso y satisfecho.

Era que el perro se había echado sobre sus pies y le daba calor.

Soñaba otra mentira; pero soñaba otra verdad. La sensación se enmascaraba al soñar, y el pobre perro se convertía en toda una masa de súbditos; pero en el fondo todo era lo mismo: calor en los pies.

Después soñó que el trono se hacía áspero y molesto: ya no estaba tan a gusto como antes: algo le molestaba; algo le punzaba; ¡el almohadón real ya no era tan blando! Es que el suelo era muy duro; y cuando el cuerpo descansó, empezaron a cansarse los huesos y a dolerle. Y además, los espartos de la estera se le clavaban en la carne a través de los harapos.

— Ya soy Rey — soñaba el mendigo — y sin embargo no soy tan feliz como había pensado. Este manto de escarlata me pincha sin piedad. — La sensación de la estera se había convertido en punzadas del manto regio. Ni mentía la realidad, ni mentía el sueño; ¡mantos y esteras, a veces son cómodos, a veces martirizan!

Y luego sintió un gran desasosiego. Veía de una manera vaga, que un enemigo poderoso había asaltado su reino y le robaba provincias enteras, y entraba a saco en sus ciudades, y se marchaba cargado de botín. — ¡Qué tristeza sufren también los reyes — soñaba él!

Y tampoco esta visión era del todo falsa. Siempre una sensación real convertida en otra sensación fingida por la fiebre y el sueño.

Era, en suma, que el pobre perro tenía hambre y no podía dormir. Olfateó en un bolsillo de su amo un pedazo de pan; y desde los pies le subió al pecho; y rebuscó el mendrugo; y al cabo lo encontró y se lo comió sin escrúpulo. Era el botín: era el saqueo: era la lucha brutal de todos los seres cuando tienen hambre y encuentran algo que comer. Sólo que el deslizarse del perro, el manotear de sus patas y manos, el rebuscar en los bolsillos, el peso del animal, todo esto, al correr en forma de sensación por los torpes nervios hasta el soñoliento cerebro, tomaba formas fantásticas y agigantadas de invasiones, batallas, asaltos y saqueos.

Tras esta crisis de la pesadilla vino un descanso relativo. El reino estaba en calma. La Corte estaba a su alrededor. Los cortesanos le adulaban. Experimentaba de nuevo sensaciones de placer.

Pues bien: toda esta máquina cortesana se reducía a que el perro acababa de devorar el mendrugo; y acaso comprendía su mala acción, y quería compensarla con caricias. De suerte que puso su hocico húmedo y lleno de migajas a la altura de la cara de su amo y se la lamió con cariño: luego le lamió las manos.

— Bien está, — soñaba el mendigo: — ahora me siento satisfecho: besamanos tenemos.

Así pasó la noche. ¡Cuántas visiones, cuántos fantasmas, cuántas alegrías, cuántos dolores!

Maderos, esteras, ladrillos, el viento que zumba, la lluvia que cae, el frío que hace tiritar, el perro que da calor, todo revuelto, todo confuso, todo convirtiéndose entre las nieblas del sueño en un trono, en una Corte, en guerras, en fiestas, en alegrías y tristezas, en coronas y mantos; todo esparciéndose desordenado y vibrante por las regiones de la fantasía: y el pobre mendigo convertido en Rey.

— ¡Si yo fuese Rey! — había dicho. Y fué Rey por unas cuantas horas; y gozó y sufrió.

¿Pero, cómo gozó y sufrió? ¿Como Rey o como mendigo? ¡Quién lo sabe!

Llegó la mañana; asomó el sol por oriente; un rayo de su luz le dió en el rostro al mendigo; y el mendigo soñó que el reino entero se le incendiaba.

La verdad es que las nieblas del sueño se desvanecieron y con ellas se desvaneció el soñado imperio.

Se levantó el pordiosero; sacudió sus doloridos miembros; ¡que a veces el ser Rey fatiga mucho!; y echó a andar hacia la plaza próxima a ver si habían encendido ya las calderas de asfalto.

El perro echó tras él con la fidelidad de siempre: él no había soñado. De todos los cortesanos de la pasada noche era el único que le quedaba.

Metió la mano en el bolsillo buscando el mendrugo de pan, pero no lo encontró. El ser Rey le había salido caro. Se iba a quedar sin comer todo aquel día.

Y siguió su camino tristemente.

Fué un sueño aquello de que era Rey: ¿pero acaso no era un sueño también aquello otro de que era mendigo?

Todo lo que veía o creía ver, todas sus sensaciones, sus dolores y sus angustias, ¿eran una realidad o eran otro sueño? ¡Quien sabe! ¡Acaso era Rey y soñaba que era mendigo!

El problema lo planteó Calderón en su obra inmortal. Pero nadie lo ha resuelto. Conque a seguir soñando.

José ECHEGARAY.

Dib. de Duval.

La payada peregrina

I

Vamos cantado en elogio
del dolor que soportamos,
y en cada verso palpita
la emoción de los ancianos
que al vivir sienten orgullo
de haber llegado al ocaso.

II

Somos romeros que llegan
para alegrar con su llanto,
romeros tristes; romeros
que no quieren contagiarlo;
y así llorando a su pena
la convierten en un canto.

III

Vamos lejos, peregrinos
sin vial ni senda marcados,
donde la noche nos tome
y el vivir al empujarnos,
nos lleve así: siempre juntos
sin pesadumbre cantando.

IV

Venimos solos, nos puso
nuestro afán en vuestro paso,
y al despedirnos queremos
— para bien de vuestro halago —
nos dejéis como a dos aves
la libertad de alejarnos!

JUAN CRISTOBAL.



Un buen bocado.

INFORMACIÓN CINEMATOGRÁFICA

TODA LA CORRESPONDENCIA
a PBT Sección CINES
Av Julio A. Roca 531

¿HASTA DÓNDE?

El martes 26 se exhibió privadamente en el Select la primera producción de la Platense Film, cuyo título, como repetidas veces lo hemos dicho, es «¿Hasta dónde?».

Un fin altamente moral impera en la película, cuya trama es interesante, y ofrece situaciones de intensa emoción.

Entre los intérpretes destácase Camila Quiroga, que, a nuestro juicio, es, entre las primeras actrices nacionales, la única que tiene aptitudes sobresalientes para la escena muda. En ésta obtiene y obtendrá triunfos tan legítimos como los que en el teatro ha sabido merecer. Hay en ella naturalidad, vida y sus gestos son extraordinariamente expresivos.

Paúl Capellani, autor de la adaptación del popular melodrama francés «Treinta años o la vida de un jugador» (en el que está basada la película que nos ocupa), actor de excelentes aptitudes y director artístico de la Platense Film, ha realizado una labor tan completa como loable en beneficio de la industria nacional.

La señora Ferrer, Galé, Quiroga, Escarcela, Simari y Gutiérrez contribuyeron al buen conjunto interpretativo.

Sólo elogios merece la labor fotográfica del señor Benoit, en la que hay cuadros que justifican la reputación de que venía precedido.

«Hasta dónde?» será una de las películas de producción nacional que en la temporada que acaba de iniciarse figure con frecuencia en la pantalla de los principales salones.

Bien reanuda sus tareas la Platense Film. Que el éxito dé ánimos a sus propietarios para seguir en la ruta que inician, contribuyendo así a que la industria de la cinematografía tenga en nuestro país la importancia que sólo puede conseguirse bajo la dirección de hombres prácticos, inteligentes y activos.

NUEVAS PELÍCULAS

Notable, como muchas otras de sus producciones, es la nueva cinta de la Fox Film, titulada «La serpiente».

Paisajes admirables, emoción, desarrollo magistralmente preparado, escenas interesantes y nitidez impecable en la fotografía: tales son los elementos que se reúnen en este film.

Sin contar que sus dos personajes principales son dos figuras como Theda Bara y el popularísimo George Walsh.

* La Sociedad General Cinematográfica ha iniciado la serie de estrenos de la temporada. Entre los títulos que constituyen esa notable colección figuran: Marca Paramount: «La verdad escondida», «El lobo negro», «La botella mágica», «El cristal revelador», «La fortuna de Fiff», «Víctimas del odio», «El hada Margarita». Triangle: «La escuela y el amor», «Todo por la patria», «La moral y el sport», «Aristocracia americana», «La mujer que ganó», «Manos arriba», «El precio de su ambición», «Los misterios de Nueva York», «La mujer lobo». Vitagraph: «La rebeldía del trébol», «Por Francia», «El anillo imperial», «Gloria de Julandia».

Figuran también en el stock diez y ocho cintas cómicas de la marca Triangle.

* Las últimas novedades de la casa Max Glucksman llevan los siguientes títulos: «La plegaria de una madre» (por Mariquita Osborne), «Corazón de acero» (Pathé N. Y.), «La ley común» (Selznick) y «Los salteadores de trenes» (Sigual Film, en quince series).

* Entre las cintas nuevas presentadas últimamente por la Cinematográfica Sud Americana se cuentan: «Jugando con la muerte» (Blue Bird, protagonistas: Herbert Rawlinson y Frank Mc Quarrie); «La niña fantasma (Gold Seal, por Harry Carey); «Los millones de Rubens» (L-Ko); «El as rojo» (Universal, por María Wolcamp); «El buque fantasma» (por Ben Wilson y Neva Gerber).

PELÍCULAS ARGENTINAS

* Hay expectación por el estreno de la primer cinta de la Marchessi Film «Los inconscientes», original del señor Luis A. Ramasotto, y que ha sido dirigida y puesta en escena por el señor Alberto Traversa.

Como ya dijimos, tiene en dicha obra importantísimo papel la primera actriz Gemma di Guelfo.

* Otra nueva empresa, la Baires Film, anuncia su primer película para dentro de algunas semanas. Titúlase «Vida argentina», tiene cuatro mil metros y es un notable panorama de cuantas bellezas atesora nuestra república. Los principales papeles de dicha producción están encomendados a Vina Velázquez y Juan Vehil.

CORREO

Chaly. — La Platense Film se ha constituído hace pocos meses en sociedad anónima y ésta es su primer película. Tiene sus oficinas en Bartolomé Mitre 1658.

M. W. — No sabemos lo que motiva esas interrupciones. Puede que tenga usted razón.

Zanetta; Bruno; Cabrera; Yolanda; Abreu; Bacigalupi; M. E. M. C.; Catueño; Chinita; Pagni; Elí; Antigua subscriptora, Mendoza; Bravo; Sara Ortiz; Fortunato Martino; Porteñita; Andreu Amer. — No nos ocupamos de esas gestiones. Pueden dirigirse a Argentina Express, Bartolomé Mitre 742.

Arweis. — No lo sabemos.

Theda. — Diríjase a la casa central.

Luisita. — La agencia de «Cine Mundial» en Buenos Aires es calle Lavalle 770.

Martínez. — Tiene dos mil metros y es de la Universal. Diríjase a la Cinematográfica Sud Americana.

Camilo. — Sí, señor; su patronímico es Goodman» y ha obtenido permiso para llamarse en adelante Theda Bara.



Félix Márquez, actor de excelentes aptitudes que forma parte de las compañías de la Austral y Marchessi Film.

NOTAS VARIAS

En Nueva York se está construyendo un salón cinematográfico que tendrá capacidad para diez mil espectadores.

* En una de las ciudades del oeste de los Estados Unidos se utilizó hace poco un gran salón de conferencias para una exhibición cinematográfica especial, pero hubo que repartir la concurrencia en cuatro grupos diferentes, pues constaba de doce mil personas; y, para que todas ellas pudieran ver la exhibición, se colocó en el centro del salón una casilla con cuatro aparatos cinematográficos que proyectaban simultáneamente las vistas sobre cuatro puntos diferentes, método que tuvo mucho éxito, pues toda la concurrencia pudo admirar las vistas al mismo tiempo.

SALONES-BIÓGRAFOS

Cine Majestic Theatre (Lavalle 843). — Biógrafo. — Estrenos diarios. Atracciones.

Cinematógrafo Callao (Avenida Callao 27). — Espléndido salón. Notable orquesta. Proyección de las más notables primicias de la cinematografía nacional, norteamericana y europea. Estrenos diarios.

Gran Cine Imperial (Cangallo 771). — Espléndido salon. Agradable temperatura. Estrenos de las mejores marcas mundiales.

Cinematógrafo General Mitre (Bartolomé Mitre 1322). — Lujoso salón para familias. Estrenos diarios de las últimas películas de gran éxito, europeas y norteamericanas.

Crystal Palace (Corrientes 1550). — Exclusividades Fox, Pathé y Paramount. Estrenos diarios.

Cinema Eslava (Suipacha 686). — Estrenos diarios de las exclusividades cinematográficas de más éxito en Europa y Norte América.

Teatro Cine Soleil Palace (Corrientes 3150). — Películas Fox y Paramount. Estrenos diarios. Varietés.

Cine Moderno (Corrientes 976). — Panorama cinematográfico de las exclusividades de las grandes casas europeas y norteamericanas.

Teatro Cine Social (Montes de Oca 1643. — Funciones populares. — Martes y viernes funciones populares. — Sección vermouth 0.10. Noche 0.20.

Cine San Carlos (Lanús). — Grandes novedades. Programa de la North American Film y Cinematográfica South America.

LOS PALACIOS DEL FILM



Fachada del hermoso edificio que ocupa el Cine Callao, situado en el número 27 de la calle del mismo nombre, y que por su suntuosidad es uno de los más frecuentados por la alta sociedad porteña.

DE MAR DEL PLATA



Una odalisca.



Holandesas y holandeses.



Niño de O'Farrell, Pierrot.



Dos gitanas y un payaso.



Una japonesa nostálgica, pensando en el país del Sol Naciente.



Niños de Jiménez Zapiola, aldeanas y Pierrots.



Niño Marcó del Pont.



Un pibe disfrazado de... bañista.

Una costumbre inveterada, de origen antiquísimo, hace que todos los años se celebre, más o menos por la misma época, el reinado breve y bullicioso de Momo, dios del Carnaval.

En Mar del Plata, su entrada triunfal da motivos a interesantes aprestos. Como es de suponer, los que le rinden un culto mayor, son, como siempre, los niños, que hallan en esta fiesta una ocasión excepcional para dar una debida expansión a sus inocentes deseos.

Aparte de la corrección y cultura con que transcurren en este balneario las clásicas carnestolendas, constituye toda una nota de singular relieve, la originalidad de los difraces. Los que predominan son los infaltables de payaso y de aldeana y luego en orden descendente, los de apache, holandés, bailarina, odalisca, pierrot, florista, etc.

Las fotografías adjuntas muestran con fidelidad algunos aspectos de la playa y rambla Bristol, durante los clásicos días del antruejo.



Ester, Lucía y Oscar Figliolo di Filipo; odalisca, griega y payaso, respectivamente.

Entre otros niños disfrazados, merecen citarse muy especialmente, los de O'Farrell, Jiménez Zapiola, Chauvín, Figliolo, Serantes, Beloc, Marcó del Pont, etc.

La afluencia de pasajeros, que durante las tradicionales fiestas ha sido muy superior a la de años pasados, ha hecho que el carnaval adquiera en esta temporada un esplendor y un éxito, verdaderamente extraordinarios.

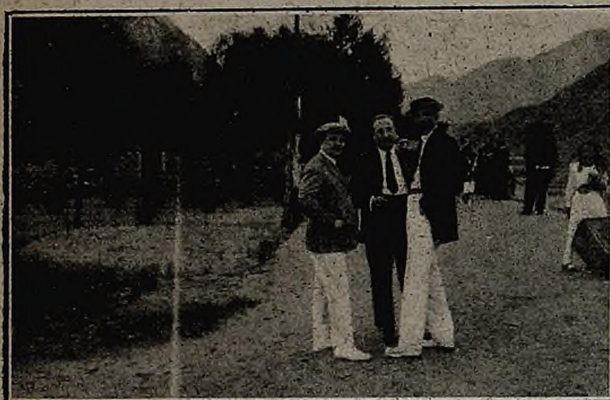
Corresponsal.

Fot. Bonnín.

EL VERANEO EN CACHEUTA

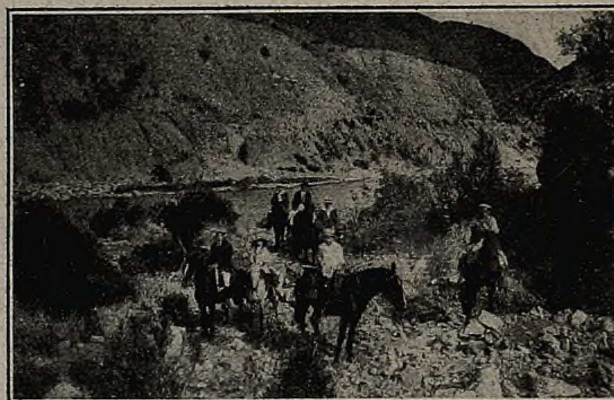

Familias de Acuña, Castellanos Posse y Albina.


Una caminata digestiva.


Doctor Larrosa, ingeniero Marthy y señor Atorragasto.


Señor Moisés Garramuño y señora con el padre Grenón.


El cazador de cóndores señor Tarquini y algunos aprendices entusiastas.


Una excursión a la quebrada del Monte Negro.

DE NECOCHEA


Señorita María Isabel Eguino.


Señor Lorenzo Eguino y familia.

Fots. Arata y Mas.



Justo, para conquistar
de Etelvina el corazón,
usa un medio singular:
siempre le entrega, al pasar,
un paquete de jabón.

Porque sabe que Etelvina,
que es una chica divina,
se asea con gran primor
y no usa en el tocador
cosa que no sea fina.

Como ella es inteligente,
distingue perfectamente
del buen producto la esencia
y muestra su preferencia
por lo más sobresaliente.

Y con respecto a jabón,
Justo conoce su gusto;
REUTER le da a discreción
y así entre Etelvina y Justo
crece de amor la pasión.

CON EL ENTRAINEUR JOSÉ BENTANCUR

Uno de los profesionales más antiguos del turf y más prestigiosos del gremio de entraineurs, es, sin duda, José Bentancur. Iniciado en la profesión hace treinta años, cuando apenas contaba once de edad, pasó por las modestas categorías de peón y de aprendiz, sin detenerse casi en la de jockey, porque su prematuro desarrollo físico le inhabilitó para ejercer esta última profesión a los seis meses de haberla principiado.



Interior y parte del personal subalterno del stud J. B. Zubiaurre.



El entraineur señor José Bentancur.

Procedente de la República Oriental del Uruguay, donde nació, vino a Buenos Aires, después de haber practicado como peón durante cuatro años en el stud Coronel Belinson, de Montevideo, e ingresó, como peón y como jockey, en el stud Santa Fe, perteneciente al doctor Néstor Iriondo.

Cuando seis meses después tuvo que abandonar la profesión de jockey por haber llegado a ser excesivo su peso, debió considerarse fatalmente truncada su carrera profesional. Tenía apenas diez y seis años de edad, y no era probable que se le confiara la responsabilidad de un puesto de entraineur, único, por otra parte, en el que podría proseguir la carrera de su vocación.

Este escollo, que hubiera desorientado a otro cualquiera, no acobardó al resuelto Bentancur. Fiado en el instinto del éxito, se hizo cargo de los caballos Gigot y Mercurio con los que hizo una fructífera campaña como entraineur. Adquirió luego, en propiedad, el caballo Laprida, para actuar, además como propietario de stud.

¿Respondió la suficiencia de aquel muchacho a la magnitud de su audacia?

El caballo Laprida, le fué vendido por la Petite Ecurie como caballo inservible y José Bentancur supo hacerle conquistar once victorias. Luego, adquirió los caballos Almanzor, Bohemio, Bragelonne, Doña Sol y otros, con los cuales realizó campañas muy descollantes, y principiaron a confiársele los studs de la mayor importancia.

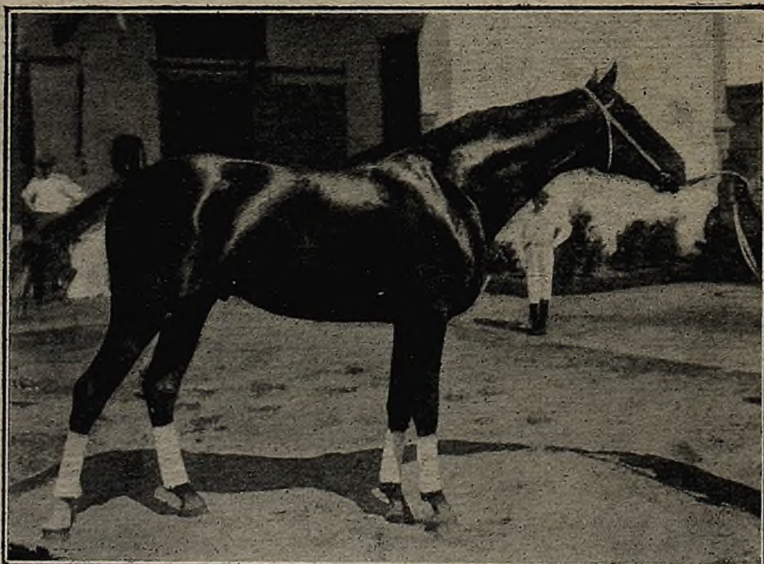
Bentancur ha sido entraineur, simultánea o sucesivamente, de los studs Los Cardos, Atucha, Indecis, La Confianza y Las Cañas y, en la actualidad, tiene a su cargo, algunos desde hace varios años, las caballerizas J. B. Zubiaurre, Pajonal, Curupaity, y Petite Ecurie.

En las estadísticas, figuró siempre con un número de victorias que oscilan entre veinticinco y cuarenta por año y que representan más de seiscientos triunfos, entre los que figuran casi todos los premios de nuestro programa clásico, desde el Apertura hasta el Clausura, sin excluir los grandes premios Nacional e Internacional.

Tiene el entraineur Bentancur, desde los primeros tiempos, un amigo muy hábil en el modo de curar los caballos sentidos y hace mención de los buenos servicios que le ha prestado. Es Eugenio Cazaux, ex herrador de nuestra Escuela de Hipología, que acaba de regresar del «frente francés», donde hubo de rendir a la patria el tributo de su habilidad profesional, por haberle sorprendido la conflagración, mientras disfrutaba una licencia de seis meses.

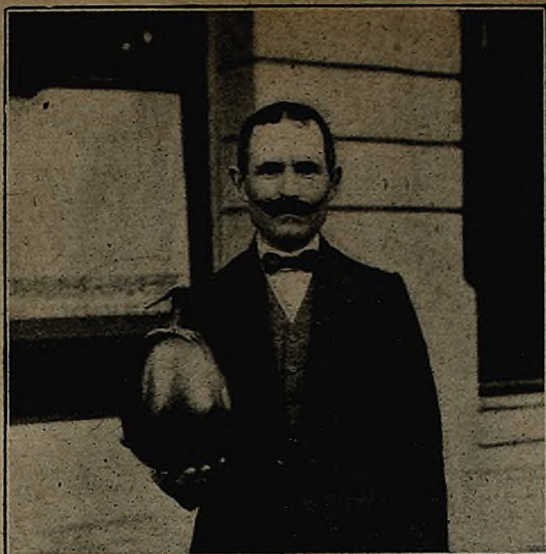
Nos hemos abstenido de mencionar los caballos de gran clase con que cuenta Bentancur para la campaña que se inicia, por ser tantos, que nos ocuparían todo el espacio de la crónica; pero debemos indicar, por excepción, que, entre la selecta y numerosa caballada de las cuatro ecuries que tiene a su cargo, figuran tres potrillos, de los cuales debe salir el Botafogo de la presente generación, si en ella se oculta todavía un Botafogo. Son tres de los cinco únicos productos machos que rindió Old Man en 1915: uno, del doctor Beazley, propietario del stud J. B. Zubiaurre, y dos de los señores Rufino y Adolfo Luro, propietarios de Old Man, que se los reservaron para su propio stud, la Petite Ecurie. Vendidos para el Uruguay y para Chile los otros dos potrillos, hijos de Old Man, José Bentancur, que cuida y entrena a la vez, los caballos de los studs J. B. Zubiaurre y Petite Ecurie, es el único entraineur que compartirá en el país durante la presente temporada todo el éxito que alcanzará la nueva producción del fenomenal padrillo y será, sin duda, uno de los más afortunados entre los meritorios profesionales del turf.

WAMBA.



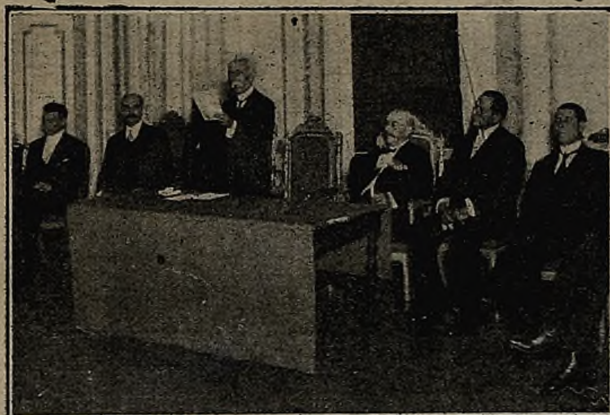
Colipulb, hijo de Old Man, que costó 32.000 pesos, el precio más alto.

BERENJENA JIGANTE



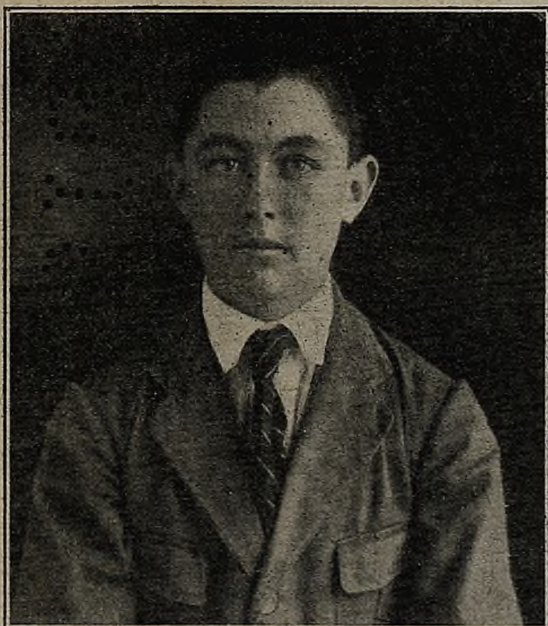
Esta berenjena ha sido cosechada en la quinta de don Jorge C. Dickinson, en Belgrano, por el horticultor Silvestre Nazareno. Pesa dos kilos y seiscientos gramos.

DE PARANA



El doctor Lorenzo Anadón, candidato a gobernador de la Concentración Popular, leyendo su discurso-programa.

NECROLOGIA



Señor Atilio Lértora, fallecido el 19 del mes pasado.



Público que concurrió al teatro Roma, de Avellaneda, con motivo de la proclamación de candidatos del Partido Radical a la gobernación de la provincia y a diputados nacionales.



El señor Cifré leyendo el acta de la proclamación.



Los conservadores reunidos en el teatro Español de Lomas de Zamora.

LAS CAMPANAS, de Edgard Allan Poe

Oye el raudo tintineo
del trineo,
¡qué alegre mundo anuncia el perlado cascabel!
¡Cómo trina, trina, trina
en la noche helada y cruel,
mientras los astros llamean
y los cielos centellean
como un diáfano joyel;
guarda el claro, claro, claro
ritmo alado del metal
con la musical ondulación de un verso raro
o el vibrante eco parlante del cristal!

Oye el blando campaneo
de Himeneo.
¡Qué feliz mundo presagia la esquila auspicial!
¡Y en la balsámica brisa
cual flota y se vocaliza
el grave salmo nupcial.
De las notas festivales
brotan tiernos madrigales,
melódico torrente de un aéreo manantial;
Como mana
se desgrana
el futuro himno triunfal,
cual sonata celestial
tiernamente languidente,
como el trino matutino del turpial!

Oye el toque ardiente y lato
de rebato.
¡Qué terror frenético fluye del metal!
¡Y en la noche de quebranto
cómo brama con espanto
llamadas clamorosas del fuego torrencial,
delirios y lamentos de una orgía nocturnal;
cómo riman las campanas
sus leyendas soberanas
de terror;
cómo estallan, ganguean, lloran,
cómo tiemblan, gimen oran
en el aire palpitante con fervor!
Siente el alma en aquel suelo
confidente,
transparente,
que el espanto vuela al cielo
o en el aire languidece
clamoreando,
tridulando
y al fin muere y desparece
con el cruento son distante o la furia del clamor,
con el llanto y el tormento del terror.

Tañe el bronce la oración,
¡don! ¡dan! ¡don!
¡Cuán grave es el acento del salmo funeral!
En la noche gemebunda
el alma quieta se inunda
de insólita pena mística y glacial,
exhalando gota a gota,
en cada estruendo que flota,
un gemido;
y el enjambre, ¡oh! el enjambre
que habita el alta telambre
escondido,
con monótono zumbido,
es el genio del tañido
sobre un ebrio corazón;
no es ni hombre ni es mujer,
ni fiera ni humano ser;
son los gules
y su rey es don, dan, don,
y así toca don, dan, don,
la campana de oración
y un alegre son también
repicó en el somatén,
porque danza y canta bien
y así tañe, tañe, tañe,
que a los fieles se regañe
cuando toque el somatén,
cuando cante el somatén,
cuando rime el somatén,
cuando implore y lo deplore el somatén.—

Traducción de
JULIO BARRERA ORO.

FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS

MEDICOS GRADUADOS EN 1917

(Conclusión)



R. Ruiz Huidobro. Carlos Rodríguez. Alberto Ranceze. Eduardo Pott Godoy. Ricardo Roig. Alejandro Robiolo.



Manuel Romero. Rolando Rinesi. Alfredo Salgado. Octavio Peco. Carlos Silva. C. Fonso Gandolfo.



Sara Satanowsky. H. W. Sanz. Alvaro Sellares. Carlos Saporiti. Carlos Zubizarreta. Pastor E. Schneider.



Cleto Santa Colona. Lorenzo Trepat. A. B. Thompson. José Tirasso. Martín Urdaniz. José P. Urlengui.



Juan E. Vales. Arturo J. Vitale. César C. Vicini. Aníbal Vattuone. Luis M. de la Vega. E. B. Villanueva.



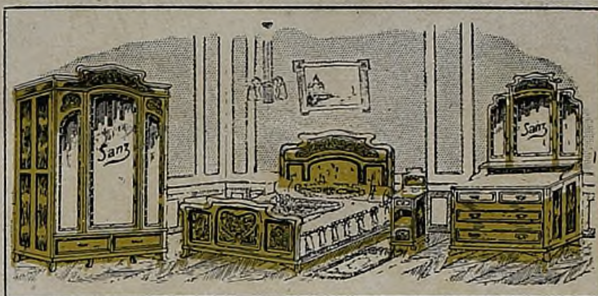
Luis Torelli. José Querejaru. A. Lacroze Gowland. Pedro Begarie. Horacio Potes. Horacio Malter. Juan Dubarry.

Aguinaldo de Año Nuevo

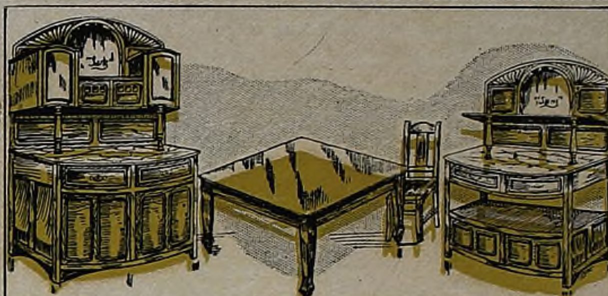
COMO SIEMPRE CON
PLATA EN MANO

CASA SANZ

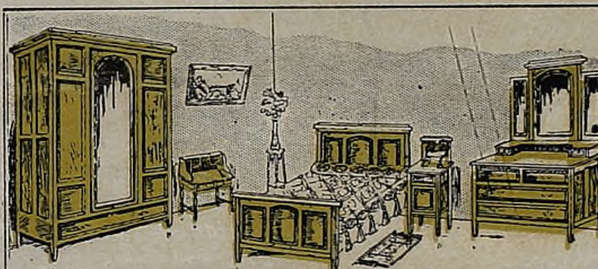
826-Sarmiento-844



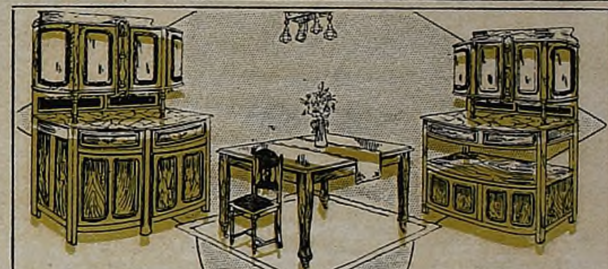
Roble norteamericano o cedro caoba, importado, 3 cuerpos, gran formato, para matrimonio, 9 piezas. Colcha obsequio........ **$ 270**



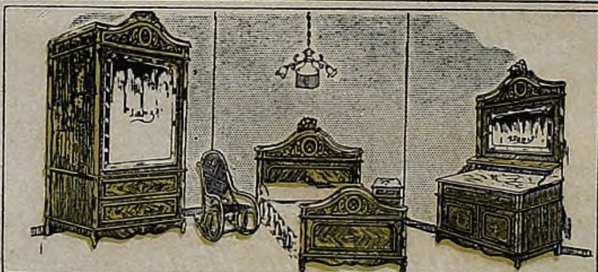
Comedor roble o cedro caoba, c. bronces, las dos piezas........ **$ 215**
Sillas haciendo juego, docena........ $ 110
Mesa 3 tablas, roble........ $ 32



Roble macizo norteamericano, con bronce, 9 piezas, para matrimonio. Colcha obsequio........ **$ 220**



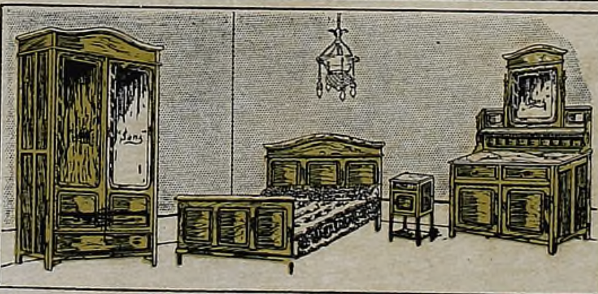
Aparador y trinchante, roble macizo o cedro caoba, con bronces........ **$ 210**
Sillas haciendo juego, docena........ $ 110
Mesa 3 tablas........ $ 32



Luis XV, nogal de Italia, para matrimonio, reclame, 8 piezas, lunas biseladas, mármoles rosa. Colcha obsequio........ **$ 175**



Aparador y trinchante, roble o cedro, con bronces........ **$ 155**
Sillas haciendo juego, docena........ $ 110
Mesa 3 tablas........ $ 32



Dormitorio c. roble o cedro caoba, 7 piezas. Colcha obsequio........ **$ 85**



Reclame. Aparador y trinchante, c. bronces........ **$ 125**
Sillas haciendo juego, docena........ $ 75
Mesa 12 cubiertos........ $ 35

CASA SANZ - 826-Sarmiento-844. - Casi esquina Esmeralda

No tiene sucursal. **F. Ramognino.** Embalaje, catálogos y flete gratis.


13
1917